

PALABRAS QUE CAMINAN

Cartas que acompañan
la búsqueda



Palabras que caminan. Cartas que acompañan la búsqueda / Observatorio de Violencias Sociales y Experiencias Comunitarias de la Ibero Torreón. Torreón, Coahuila, México: Universidad Iberoamericana Torreón, 2026.

1. Personas desaparecidas — México. 2. Víctimas de la violencia — México. 3. Relatos personales. — México — Cartas.

HV 6322 3 M6 P35 2026

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

Juan Luis Hernández Avendaño, **Rector**

Laura María del Pilar Macías Amozurrutia, **Directora General Académica**

Andrea Nallely Cárdenas Morante, **Directora General del Medio Universitario**

Palabras que caminan. Cartas que acompañan la búsqueda

Primera edición, agosto de 2026

ISBN: 978-607-26653-6-1

Coordinación de la obra: Ana Montserrat Burgos de Anda, María Yamileth Cárdenas Vázquez, Eiko Gavaldón Oseki, Daniela Martínez Lara, Walter S. Salazar García y Erika Isabel Soto Villalobos

Edición: Mariana de los Ángeles Ramírez Estrada

Asesoría editorial: Daniel González Zatarain

Ilustraciones: Taller Villa del Faro

Diseño editorial: Jesús Oscar Aranda Valdés, Andrea Castañeda Mendoza, Alejandro Dibe Licerio, Yaretzi Alejandra Esparza Garay, Victoria Moreno Santibáñez, Antonio de la Peña Salgado y Melissa Yamileth Rodríguez Gaytán

Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, AC (Universidad Iberoamericana Torreón). Calzada Iberoamericana 2255, Ejido La Unión, 27420 Torreón, Coahuila, México

Impreso en México: Groppe, Río Álamo 2561, Col. El Rosario, 44890 Guadalajara, Jalisco

ÍNDICE

Introducción.....	7
I. Cuando la ausencia irrumpe	11
<i>Laura Elena Parra.....</i>	<i>13</i>
<i>Patricia Ramírez.....</i>	<i>16</i>
<i>Kendra Guerra.....</i>	<i>18</i>
<i>Juan Camilo Ríos Bustos.....</i>	<i>21</i>
<i>Karina Soto.....</i>	<i>23</i>
<i>Priscila Pacheco Romero.....</i>	<i>25</i>
II. Nombrar para no olvidar	29
<i>Judith Escandón Juárez</i>	<i>31</i>
<i>Jesús Armando Hernández Vargas.....</i>	<i>35</i>
<i>Luis Mario Rodríguez</i>	<i>38</i>
<i>Equipo Regresa.....</i>	<i>36</i>
<i>Ana María Ibarra Vargas</i>	<i>44</i>
<i>Guillermo Paleta Pérez</i>	<i>46</i>
<i>Sayuri Mendoza.....</i>	<i>48</i>
III. El amor también busca	51
<i>Daniela Martínez.....</i>	<i>53</i>
<i>Ángela L. Flores Martínez.....</i>	<i>55</i>

<i>Marisol Alpizar</i>	57
<i>Nadia García Espino</i>	59
<i>Valeria López</i>	61
<i>Mónica Adame</i>	64
<i>Sissy Torres</i>	65
<i>Elena Arreola Vilchis</i>	71
IV. Voces que abrazan el desierto	77
<i>Mirolava Venancio</i>	79
<i>Luis Alberto López</i>	81
<i>María Luisa Novella Arredondo</i>	82
<i>Andrés Barraza González</i>	83
<i>Vianey Mendoza Ruelas</i>	85
<i>Jesús Alberto Sánchez Valtierra</i>	87
<i>Mariana Olivo Espinoza</i>	89
Epílogo	93
<i>Claudia Velázquez</i>	94
A manera de cierre	97

INTRODUCCIÓN

Estas palabras se dirigen a ustedes. A quienes buscan. A quienes sostienen un nombre, una fotografía, una historia y una ausencia que no debe quedar en el olvido. A quienes caminan entre la esperanza y la incertidumbre, entre el cansancio y la fuerza, entre el dolor de lo que falta y la convicción de seguir adelante.

La búsqueda exige verdad y justicia. Exige investigaciones, búsquedas en campo y en vida, organización colectiva y una persistente lucha contra el olvido. Pero también necesita redes de apoyo, espacios de escucha, gestos de solidaridad y formas de acompañamiento que ayuden cuando el camino se vuelve difícil. Este libro surge desde ahí, como una forma más de acompañamiento.

Palabras que caminan. Cartas que acompañan la búsqueda nace como una invitación a que la palabra escrita pueda convertirse en aliento y reconocimiento en diferentes momentos de la búsqueda. Por ello convocamos a personas de distintos lugares, trayectorias y experiencias a escribir una carta dirigida a ustedes. El punto de partida fue detenerse un instante y, desde la empatía y la solidaridad, escribir para acompañar, para reconocer una lucha que cada día se abre camino entre la ausencia, la incertidumbre y la esperanza.

Agradecemos a quienes decidieron compartir sus palabras. Todas fueron escritas pensando en ustedes. Porque el corazón de este libro está en ustedes, su organización responde a distintos momentos y dimensiones que pueden atravesar la experiencia de búsqueda: hay cartas que se acercan a la ausencia y al vacío que deja la desapari-

ción, otras recuerdan la importancia de la memoria y de seguir nombrando a quienes faltan, unas más ofrecen aliento cuando aparece el cansancio, también las hay que expresan admiración y reconocimiento por la fuerza que implica seguir buscando, y asimismo, algunas son de esperanza, de comunidad y de la posibilidad de sostenerse mutuamente cuando el camino parece más difícil. Cada apartado propone una manera de acompañar, porque la búsqueda también está hecha de diversos tiempos, emociones y necesidades.

Este libro se integra a los esfuerzos de acompañamiento, investigación e incidencia que desde hace varios años desarrolla el Observatorio de Violencias Sociales y Experiencias Comunitarias de la Universidad Iberoamericana Torreón, junto a personas buscadoras y colectivos, principalmente de la región lagunera. En ese camino hemos aprendido que la búsqueda atraviesa el cansancio, la incertidumbre, la esperanza y los aprendizajes compartidos. Hemos aprendido también que acompañar significa escuchar, y reconocer la dignidad y la fuerza con que ustedes sostienen la búsqueda día tras día.

Deseamos que encuentren en estas páginas una palabra que reconforte cuando el camino pesa, una memoria que abrace cuando la ausencia duele, una voz que aliente cuando aparecen las dudas o un gesto que les recuerde que no están solas ni solos. Que estas cartas puedan acompañarles en los momentos difíciles, pero también en aquellos donde el encuentro, la solidaridad y la esperanza permiten mirar hacia adelante.

Y si estas páginas llegan a otras personas, ojalá les ayuden a comprender que la búsqueda no pertenece únicamente a quienes la sostienen cotidianamente, pues como

sociedad nos interpela, invitándonos a construir formas de cercanía, escucha y solidaridad frente a un contexto que no debería dejarnos indiferentes.

Porque hay ausencias que duelen.

Porque hay memorias que resisten.

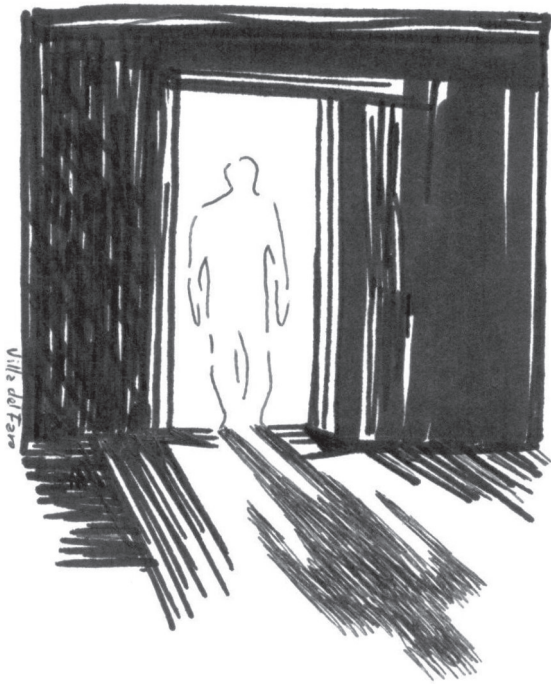
Porque hay búsquedas que transforman.

Y porque también hay palabras que caminan.

¡Hasta encontrarles a todes!

I

**CUANDO LA AUSENCIA
IRRUMPE**



“HAY AUSENCIAS QUE CAMBIAN EL TIEMPO, EL CUERPO Y LA MANERA DE MIRAR EL MUNDO”

La desaparición trastoca el tiempo, el cuerpo, la cotidianidad y las relaciones. La ausencia es un quiebre marcado por la incertidumbre que conlleva la imposibilidad de continuar viviendo de la misma forma en que se hacía...

LA ESPERA QUE NO TERMINA

Torreón, Coahuila, abril de 2026

Carta para quien tiene un familiar desaparecido:

No existen palabras suficientes para describir lo que sientes ante la ausencia de la persona que amas. Aun así, escribo.

He pensado muchas veces que hay un dolor que hiere más hondo que la muerte de un ser querido: la desaparición. No saber qué ocurrió, no tener respuestas ni apoyo, y cargar con una incertidumbre que no da tregua y de golpe abre una herida que no sana.

Es un duelo distinto, sin final. La falta de certeza impide despedirse, descansar, comprender. El vacío se vuelve permanente. La vida cambia para siempre.

No puedo decir que comprendo del todo lo que sientes. Tampoco quiero permanecer al margen. Por eso escribo: para decirte que lo siento, que no me es indiferente, que tu dolor importa.

Buscar a quien falta es un acto de amor. Es sostener su presencia frente a todo lo que intenta borrarla. Es negarse al olvido. Es mantener su nombre, su historia y su lugar en el mundo, incluso en medio del cansancio, la desilusión y los días en que todo pesa más.

Sé que esta búsqueda no ocurre en condiciones justas. A la ausencia se suman la indiferencia, las respuestas insuficientes, la burocracia y, muchas veces, la corrupción. Y

aun así continuas, porque el vínculo que existe entre tú y quien falta no se rompe.

Me niego a acostumbrarme a esta realidad. Me niego a pensar en números cuando se trata de personas. Cada una tiene nombre, rostro, historia. Cada ausencia deja un vacío en una familia y en la comunidad.

Creo que mientras alguien nombre a quienes faltan, mientras alguien los busque, su presencia permanece. Nadie debería vivir con este dolor. Nadie tendría que aprender a sostener esta incertidumbre.

He visto el cansancio, la rabia y el miedo de quien busca, y también la dignidad con la que sigue adelante, la manera en que, a pesar de todo, insiste. Buscar es una forma de resistir.

En espacios colectivos se bordan mantas con los nombres y las fechas de desaparición, se narran sus historias y se buscan restos con la esperanza de encontrar algún rastro.

Miles de manos que sostienen fotografías ya gastadas por el uso, repetidas en marchas, en carteles, en búsquedas bajo el sol. Un rostro que no envejece mientras todo alrededor cambia.

No tengo respuestas. Pero puedo ofrecer algo sencillo y necesario: mi presencia en la palabra. Una voz que se suma para que el silencio no lo cubra todo.

La esperanza, en este camino, no siempre es luminosa. A veces es apenas la decisión de no olvidar, de no abandonar la búsqueda. Porque saber qué pasó y dónde está tu ser amado no es un consuelo, es un derecho.

Mis palabras no pretenden aliviar lo que duele ni decirte qué hacer. Sólo quieren acompañarte. Decirte que no atraviesas esto en soledad, que hay quienes vemos, escuchamos y no permanecemos indiferentes.

Que el olvido no sea la respuesta. Que la búsqueda no termine hasta que la verdad aparezca.

Con respeto.

Laura Elena Parra

Toluca, México, 27 de marzo de 2026

Para los buscadores y las buscadoras:

No puedo imaginar una situación más dolorosa que la de una persona que se ve obligada a buscar a un ser querido que ha desaparecido. Pienso en lo difícil que debe ser vivir con la idea de que cada parte del mundo —con lo grande que es— puede ser el lugar donde esté el hijo, la hija, la hermana, el hermano, la madre, el padre, el ser querido.

La primera vez que hablé con una buscadora de inmediato noté que su mirada era potentísima. Personificaba la dignidad de una determinación inquebrantable por buscar a sus hijos: cuatro hijos. Se presentaba un informe sobre la desaparición y ella se enfrentó a una autoridad federal que mencionaba cifras y enumeraba acciones que, en concreto, no proporcionaban pistas ni resultados para saber de sus desaparecidos, de ningún desaparecido o desaparecida.

Con frecuencia, cuando veo en las redes fichas de desaparición —que cada vez es más seguido—, pienso en lo difícil de no saber si quien uno ama tiene frío, hambre o dolor; si ha sufrido, si tiene esperanza o si tiene miedo; no saber siquiera si vive. Pienso en cómo es vivir sabiendo que él o ella puede estar muerto y que sus restos, quizá disgregados, también tienen frío o miedo.

Un buscador me dijo que estaba enojado, y percibí su rabia y también su hartazgo ante mis preguntas, sin embargo, las respondió. Pensé que escribir lo que le pasaba era como poner su dolor en un escaparate, y pese a ello fue

amable, y me habló de las promesas incumplidas, de las esperas eternas, de los trámites interminables. Pensaba en el peso de las palas y los picos, en el dolor que puede causar sacudirse cada noche el polvo de los zapatos, de la ropa y, especialmente, de la memoria.

Quiero decirle algo a los hombres y las mujeres que buscan a sus seres queridos, pero no puedo encontrar las palabras necesarias: esta carta está vacía y desolada, está llena de una profunda vergüenza producto de la impotencia de ser parte de un país que los ha sembrado en el desamparo. También contiene rabia provocada por los discursos oficiales que justifican la ineficacia y la impunidad, esta carta está cargada de dolor ante la indiferencia.

Quiero usar sus líneas para acompañar un poco la férrea voluntad de quienes buscan, porque desde la tristeza también se acompaña, porque creo que con el dolor compartido se abriga y se ofrece consuelo, y porque las palabras son mi único medio para abrazarles fuerte y sinceramente...

Patricia Ramírez

A quienes buscan:

No sé tu nombre, ni el de la persona que falta en tu mesa, en tu casa, en tu vida. Pero he pensado mucho en ti. Pienso en ti, que te levantas cada día con una pregunta que nadie debería verse obligado a sostener: ¿dónde está? Sé que el vacío que deja una ausencia así no tiene forma exacta, cambia todos los días, se cuele en los silencios y en los momentos más cotidianos.

Imagino la casa. Los objetos que siguen ahí, intactos, como si esperaran. La ropa doblada, los mensajes guardados, las fotos que ahora se miran distinto. Imagino cómo el tiempo deja de ser algo lineal y se vuelve extraño: hay días que pasan rápido y otros que permanecen suspendidos, como si no avanzaran. Porque cuando alguien desaparece, el mundo no debería seguir igual, pero lo hace. Y eso también duele.

Quisiera decirte algo que no suene vacío, que realmente acompañe. No hay forma en que desde afuera sea posible entender cabalmente lo que estás viviendo. Pero sí quiero decirte que tu búsqueda se siente, que tu voz atraviesa, que tu lucha no es invisible, aunque muchas veces te hayan hecho sentir lo contrario.

Buscar es un acto de amor que no se rinde.

Es amor cuando preguntas una vez más, cuando recorres lugares, cuando sostienes una fotografía, cuando dices su nombre en voz alta para que no se borre. Es amor cuando te organizas con otras personas, cuando compartes el dolor, cuando construyen juntas y juntos algo que se parece a la esperanza, aunque se configure de fragmentos. Porque buscar también es una forma de amar: es negarse

a olvidar, es sostener la memoria cuando todo alrededor intenta borrarla.

Aunque a cada momento el mundo parece seguir como si nada hubiera pasado, hay quienes reconocemos tu lucha, tu resistencia, tu amor convertido en búsqueda. También imagino el cansancio. El cansancio físico, pero sobre todo ese cansancio que viene de sostener la incertidumbre por largo tiempo. De enfrentarte a respuestas incompletas, a puertas cerradas, a silencios que deberían ser contestaciones. Si alguna vez has sentido que no puedes más, que todo pesa demasiado, eso también es parte de este camino injusto que te tocó recorrer. Y no te hace débil. Te hace humana, humano.

Hay una dignidad profunda en eso, la cual merece ser vista, escuchada y respetada.

Ojalá que estas palabras puedan acompañarte, aunque sea un poco, como una mano que no aprieta, pero tampoco suelta. Como un recordatorio de que no todo está perdido en este mundo, de que, aunque parezca lo contrario, hay personas que sí miran, que sí escuchan, que sí creen, que no te cuestionan, que no te piden olvidar, que no te piden “seguir adelante” como si eso significara soltar. Que tu historia importa.

Importa la persona que buscas, quién es, lo que le gustaba, lo que soñaba, lo que dejó en quienes le aman. No es un número, no es una estadística, no es un caso más. Es alguien que existe en la memoria, en los afectos, en las historias que se mantienen vivas cada vez que se cuentan.

Y tú también importas. Tu dolor, tu rabia, tu resistencia. A veces, en medio de todo esto, pareciera que quienes buscan quedan en segundo plano, como si su sufrimiento fuera invisible. Pero no lo es. Tu vida también merece cui-

dado, descanso, acompañamiento. Mereces que alguien te escuche sin juzgarte, que te abrace sin apurarte.

No sé si estas palabras alcanzan. Probablemente no. Pero ojalá puedan quedarse contigo un momento, como una pequeña compañía en medio de tanto.

Ojalá sientas, así sea por un instante, que no estás completamente sola, solo.

Que hay quienes no olvidamos.

Que hay quienes seguimos nombrando.

Que hay quienes, desde donde estamos, sostenemos la memoria contigo.

Con respeto profundo, con dolor compartido y con la convicción de que tu búsqueda es justa, alguien que camina contigo y que no olvida, aunque no nos conozcamos.

Kendra Guerra

A quien camina con la ausencia de las huellas que nunca desaparecen:

No hay mapa y espacio que alcance a nombrar el territorio en el que ahora te encuentras. Es una geografía extraña, donde los caminos se dividen sin aviso y las señales parecen borrarse justo cuando más se necesitan. Es un paisaje hecho de espera, de preguntas que no encuentran eco, de horizontes que se alejan cada vez que intentas acercarte. Y, aun así, sigues caminando.

Imagino tus pasos sobre esta tierra, a veces firmes, a veces cansados, a veces detenidos frente a un silencio que pesa como una montaña. Hay días en que todo se vuelve cuesta arriba, cuando cada recuerdo es una pendiente inclinada que exige más fuerza de la que parece posible reunir. Otros días, en cambio, el terreno se abre en llanuras largas, donde el tiempo aparenta no moverse y la espera se vuelve infinita, como un desierto sin sombra.

Tu familiar no es sólo ausencia: es río que sigue fluyendo bajo la superficie, incluso cuando no se ve. Es una raíz profunda que sostiene lo que eres, aunque la tierra haya sido arrancada con violencia. Es relieve vivo en tu memoria, cada risa, cada gesto, cada historia compartida se levantan como colinas que el olvido no es capaz de erosionar. Nadie puede borrar esa geografía de lo compartido y percibido por el cariño que te hace llevar dentro a quien amas.

Sé que también hay tormentas. Vientos y tolvaneas que levantan incertidumbre. Lluvias de angustia y tierra que parecen no detenerse. En esos momentos todo se nubla, y es difícil encontrar una dirección. Pero incluso en

medio de la niebla, tu búsqueda tiene sentido. Cada paso que das, cada pregunta que sostienes, cada nombre que pronuncias, es una forma de resistir al silencio que otros quisieran imponer.

Este territorio no lo recorres en soledad, a pesar de que así lo sientas muchas veces. Hay otras personas que también avanzan por senderos similares, que conocen estas grietas, estas pendientes y estos desiertos. Cuando sus caminos se cruzan, se forman redes invisibles, como flujos de agua que se encuentran y fortalecen, llevando consigo la memoria y la exigencia de verdad que riegan la aridez.

Quisiera decirte que más adelante el camino se vuelve claro, que hay un punto exacto donde todo se ordena, pero sería injusto mencionarlo. Lo que sí puedo decirte es que tu caminar ya es una manera de transformar este paisaje en uno donde hay búsqueda y dignidad, memoria y resistencia, y amor, incluso en medio de la incertidumbre. Y lo más importante es que existe algo que no puede ser arrebatado.

Ojalá encuentres, en medio de esta geografía dura, pequeños refugios, como una palabra que abraza, una mano que acompañe, un instante de calma que permita respirar. Ojalá que, aun cuando el terreno sea difícil, no pierdas de vista que tu paso deja huella, y que esas huellas también construyen camino para otros.

Con profundo respeto y acompañamiento, un abrazo solidario.

Juan Camilo Ríos Bustos
Coordinador de Programas de Incidencia Social
Universidad Iberoamericana de Torreón

A quienes sostienen la memoria:

No es fácil encontrar palabras cuando el corazón está lleno de recuerdos y, al mismo tiempo, de ausencia. Aun así, hoy quiero escribir desde el cariño más sincero, desde esa memoria viva que se niega a desaparecer, porque hay personas que continúan habitando en nosotros a pesar de que ya no podemos encontrarlas.

Conocí a quienes hoy extraño en esos caminos donde la juventud parecía eterna: entre expos de grafiti, tocadas de ska, reggae y punk rock. Viajes improvisados que comenzaban sin plan, a veces hasta de aventón, pero siempre con la certeza de que íbamos juntos. En aquel caos adolescente y hermoso que era nuestra forma de vivir, ellos eran compañía, lealtad y esa risa capaz de hacer más ligero cualquier destino.

Con el tiempo he aprendido que una persona nunca puede reducirse a las versiones que otros construyen sobre ella. Yo sólo puedo hablar desde lo que viví: amistades que cuidaban, que acompañaban y que hacían del mundo un lugar más habitable para quienes estábamos cerca. Nunca conocí maldad en ellas, sino compañerismo, valentía y una forma muy particular de estar presentes.

También he visto cambiar los lugares que compartimos. Espacios que antes estuvieron llenos de vida y encuentros, y hoy parecen atravesados por silencios difíciles de nombrar. Sin embargo, sé que en sus calles, en sus muros, en la música y en los recuerdos de quienes les conocimos, siguen latiendo fragmentos de su existencia. Hay personas que dejan huellas que ninguna oscuridad logra borrar.

A veces los sueño. En esos sueños el tiempo parece detenerse y vuelvo a descubrir sus sonrisas intactas. Despierto con la sensación de que, de algún modo, siguen acompañándome. Tal vez la memoria también sea una forma de presencia.

Quienes hoy faltan fueron muy amados. El dolor de ver sus rostros en fichas de búsqueda es difícil de explicar, pero también lo es la certeza de que ocupan un lugar irrepetible en la historia de quienes les conocimos. Los llevo conmigo no únicamente como ausencia, sino como parte de cada recuerdo, de cada canción y de cada camino compartido.

Agradezco la posibilidad de haber coincidido con ellos en esta vida.

Con cariño, respeto y memoria.

Jamás les olvidaré.

Karina Soto

Nunca habrá palabras que consuelen tu alma, ni párrafos que sanen tu corazón.

Cada paso que das en territorios sinuosos y desconocidos, en busca de esa persona que extrañas, que un día se fue por razones poco claras (quizá por su labor en defensa de los derechos de otras personas, por luchar por su comunidad, porque era periodista o simplemente porque estaba en el lugar equivocado), hacen que en medio de esas circunstancias no haya una respuesta concisa.

Para ti, mi reconocimiento y solidaridad en la lucha:

Lamento profundamente que, como sociedad y como autoridades, te estemos fallando. Sé que no es fácil y sé que eres muy valiente a pesar de cada lágrima. Ninguna lucha es sencilla; por eso te reconozco por cada paso que das, a pesar del cansancio, de las horas bajo el sol y de los días de lluvia. Sé que todo eso te ha hecho pensar en dejar de buscar, pero no estás sola.

A ti, que levantas la voz por quien ya no puede, por quienes nos arrebataron, por quienes nos dejaron a decenas de familias incompletas, mi reconocimiento a tu valentía.

Tú no me conoces, pero la mañana de un lunes de abril de 2026 fue la última vez que vi a mi superhéroe (mi papá).

“Nos vemos dentro de 15 días, pa”, fue la última conversación.

Al Gordo nos lo arrebataron a tiros en la puerta de nuestro hogar, porque era periodista. Su cuerpo quedó tendido, sus ojos color miel se apagaron y su pluma dejó de tener tinta. Ahí nuestra vida cambió. Ya no hubo ca-

minos seguros. Nos han amenazado. Mi familia y yo estamos desplazados y, al igual que tú, luchamos por justicia desde nuestra trinchera.

He visto en mi madre un hartazgo profundo por la falta de verdad y justicia, por la ausencia de apoyos, por los malos comentarios frente a lo sucedido. Y estoy casi segura de que tú también conoces estos sentimientos: rabia, tristeza, decepción y hastío.

Sí, desde mi privilegio tuve un cuerpo que velar, aun con la amenaza de otro ataque, con gente armada en el cementerio esperándonos. Días después, mi familia y yo tuvimos que huir, y siempre tenemos miedo. Ya no hay una vida “normal o común”.

Y qué dura es la vida: la búsqueda de la verdad y la justicia ha estado llena de noches sin dormir, de episodios de ansiedad, depresión (que no le deseo a nadie), y de autoridades omisas. Y sé que tú también pasas por esto, que somos miles de familias olvidadas, estigmatizadas y agredidas.

Tú y yo hemos sufrido violencia en todas sus formas: desde el círculo familiar que te dice que ya lo dejes, hasta las autoridades que únicamente dan pretextos y excusas para que prevalezca la impunidad.

No sólo nos arrebataron a una persona, nos cambiaron la vida para siempre. Pero te digo que tu lucha no es en vano. Te abrazo solidariamente, porque eres valiente al enfrentar a este monstruo de la opacidad y la injusticia.

Sé que, al igual que yo, tenías sueños, otros planes, y que no imaginabas que tu vida estaría incluso en riesgo por hacer el trabajo que las autoridades no hacen, por estar buscando a tu familiar, a tu amiga o amigo, compañero o compañera. Los queremos de regreso.

Cuentas con una aliada en esta lucha. Sé que no deberías ni siquiera tener una persona desaparecida, pero ahora estás luchando, y has conocido a otras y otros en este camino. Qué la luz de la esperanza nunca se apague para ustedes. La memoria de quienes ya no están seguirá, porque las defensoras continuaremos nombrándoles, y también a ti, que estás luchando.

Priscilla Pacheco Romero

**“LA AUSENCIA NO DEBE
VOLVERSE COSTUMBRE”**

II

NOMBRAR PARA NO OLVIDAR



“LA MEMORIA TAMBIÉN BUSCA”

La búsqueda va más allá de localizar personas: es sostener nombres, historias, afectos y dignidad...

DONDE LA TIERRA GUARDA LOS NOMBRES

A quienes buscan:

En el desierto el silencio nunca es absoluto.

A primera vista parece un territorio inmóvil, una extensión donde nada permanece. Sin embargo, quien camina con atención descubre otra cosa: la tierra guarda señales. Una huella leve, una piedra desplazada, el rastro casi imperceptible de algo que cruzó por ahí.

El paisaje conserva memoria.

Algo parecido ocurre con los nombres.

Hay nombres que alguien quiso borrar del horizonte. Nombres que intentaron convertir en ausencia. Con el paso del tiempo muchos corren el riesgo de perderse entre cifras, expedientes o noticias que se desvanecen en la distancia.

Ustedes han decidido lo contrario.

Han elegido sostener esos nombres cuando pasan los años. Han elegido pronunciarlos cuando el silencio parece imponerse. Han elegido caminar para que la memoria no desaparezca junto con ellos.

La palabra “buscar” parece sencilla cuando se dice desde lejos. Parece fácil cuando no se ha tenido que caminar. Pero la búsqueda que ustedes mantienen cada día contiene mucho más que una sola palabra.

Buscar es conservar un nombre cuando pasan los años. Es insistir en la verdad cuando parece lejana.

Es continuar un camino que nadie debería recorrer.

Es una forma de amor que se rehúsa a desaparecer.

En un país donde tantas ausencias corren el riesgo de convertirse en números, ustedes han recordado algo esencial: cada vida tiene un lugar irremplazable en el mundo. Cada nombre guarda una historia, una red de afectos, una presencia que no cabe en un registro ni en un expediente.

Por eso la búsqueda que ustedes realizan ha transformado el espacio público.

Cada jornada abre preguntas que no deberían ignorarse.

Cada nombre pronunciado vuelve a ocupar un lugar entre nosotros.

Cada gesto de comunidad recuerda que la memoria no pertenece únicamente a las familias: también es responsabilidad de todos.

Quienes observamos su caminar desde distintos lugares sabemos que no siempre encontramos palabras suficientes. Hay experiencias que no pueden explicarse desde fuera, que no caben en una frase ni en un discurso. A veces el silencio aparece porque el respeto obliga a reconocer los límites de la propia voz.

Aun así, hay algo que necesita decirse con claridad: su lucha importa.

Importa porque defiende la dignidad de quienes faltan.

Importa porque transforma el dolor en acción.

Importa porque muestra la verdad cuando muchos preferirían mirar hacia otro lado.

Las palabras no dan respuesta a las interrogantes que permanecen abiertas ni alivian el peso de los días largos. No devuelven a nadie. Tampoco reemplazan la responsabilidad que corresponde a las instituciones. Aun así, pueden convertirse en un gesto de presencia.

Una forma sencilla de decir algo que necesita repetirse muchas veces:

No están solas.

No están solos.

Hay personas que observan su caminar con respeto.

Hay quienes entienden que la memoria de quienes faltan también nos compromete.

Hay quienes saben que cada nombre pronunciado nos recuerda el país que todavía necesitamos construir.

Su búsqueda también ha enseñado algo importante: que la memoria puede organizarse en comunidad.

Que la dignidad no desaparece, aunque intenten ocultarla.

Que el amor puede convertirse en una forma de resistencia.

El desierto parece inmenso cuando se mira desde lejos. Su horizonte abierto da la impresión de que todo se pierde en la distancia. Sin embargo, quienes lo conocen saben que la tierra nunca está completamente vacía.

El desierto guarda huellas.

Guarda las marcas del viento.

Guarda rastros de quienes cruzaron durante la noche.

Guarda historias que permanecen incluso cuando el paisaje parece inmóvil.

La memoria funciona de un modo parecido.

Los nombres que ustedes resguardan continúan caminando.

Caminan en las voces que se niegan a olvidarlos.

Caminan en la dignidad de cada jornada de búsqueda.

Caminan en la convicción de que ninguna ausencia debe aceptarse como costumbre.

Cada vez que un nombre se pronuncia en voz alta vuelve a ocupar un lugar en el mundo.

Cada vez que alguien decide recordarlo, la memoria abre camino, incluso en los territorios más difíciles, y cuando todo parece cerrado.

Por eso esta carta quiere permanecer cerca de una certeza sencilla: buscar también es resistir.

Resistir al olvido.

Resistir a la indiferencia.

Resistir a la idea de que una vida puede desaparecer sin preguntas.

Su búsqueda ha transformado algo profundo en la conciencia de muchas personas. Ha recordado que la memoria no pertenece únicamente a quienes viven la ausencia. También interpela a toda la sociedad que decide no permanecer indiferente.

Mientras exista alguien que pronuncie esos nombres, la memoria quedará abierta.

Mientras haya personas dispuestas a acompañar con respeto esa búsqueda, el silencio no podrá instalarse por completo.

Incluso en los paisajes más áridos, la tierra conserva lo que importa.

El desierto sabe guardar lo que otros intentan borrar.

Y ustedes, con cada paso, nos recuerdan que los nombres no desaparecen si alguien decide seguir buscándolos.

Porque mientras alguien los nombre, ninguna ausencia se vuelve olvido.

Judith Escandón Juárez

LA PALABRA COMO REFUGIO Y LA MEMORIA COMO RESISTENCIA COLECTIVA

A las personas que buscan, a las manos que escarban y a los corazones que persisten:

Escribo estas líneas desde una convicción profunda que nace no sólo del estudio académico, sino de la observación atenta de la realidad que nos atraviesa como sociedad. Como profesional del trabajo social y el estudio de la tanatología, he dedicado tiempo a reflexionar sobre la complejidad de la ausencia, pero reconozco con humildad que ninguna teoría puede abarcar la magnitud de la dignidad que ustedes sostienen día con día. Esta carta es un intento de acompañar, desde el respeto más absoluto, esa lucha que han asumido como una responsabilidad ética impostergable ante la insuficiencia de las respuestas institucionales.

La desaparición de un ser querido impone un “duelo suspendido”, una incertidumbre que desafía cualquier ciclo natural de la vida, y que a menudo se vive en una soledad impuesta por la indiferencia. Sin embargo, verles caminar, organizar saberes, tejer redes y transformar el espacio público nos enseña que buscar es, ante todo, un acto de resistencia contra el olvido. Al buscar a una persona reconstruyen la verdad en medio del silencio y afirman que cada vida tiene un valor imborrable con el paso del tiempo.

Desde la perspectiva del acompañamiento humano, es fundamental reconocer que el desgaste que enfrentan

es inmenso. Además del cansancio físico, es un cansancio del alma, acumulado tras años de interpelar al Estado y a una sociedad que a veces prefiere mirar hacia otro lado. Por ello, quiero decirles con claridad: su lucha no es sólo de ustedes, o al menos, no debería serlo. La memoria es una tarea colectiva y una responsabilidad que nos incumbe a todos los que formamos parte de esta comunidad. Reconocer su fuerza no es romantizar su sufrimiento: es validar que su persistencia es el motor que mantiene viva la esperanza de justicia en este país.

En mis investigaciones sobre la necropolítica y el impacto de las desapariciones, he comprendido que la palabra responsable debe servir para visibilizar y no para invadir. Por eso esta carta no pretende explicar su dolor, sino ofrecer una presencia que reconozca su dignidad. En tal contexto escribir es una forma de decirles que no están solas ni solos, y que hay una mirada colectiva que aprecia la luz que proyectan, incluso en los momentos de mayor oscuridad.

La solidaridad, entendida correctamente, no es un acto de asistencia, sino un compromiso ético de acompañar el caminar del otro sin intentar apropiarse de su voz. Ustedes son sujetos activos de una transformación social necesaria: al recorrer los territorios, sus pies trazan mapas de dignidad que nos guían a todos hacia un horizonte donde la verdad sea posible. Aunque el sistema a menudo deshumanice y los procesos administrativos sean fríos y distantes, la palabra escrita desde la empatía busca recordarles que su existencia y su búsqueda son la afirmación más poderosa de la vida frente a la barbarie.

Sé que las palabras no sustituyen la acción política ni la responsabilidad que las instituciones tienen pendiente

hacia ustedes. Sin embargo, espero que este mensaje llegue como un aliento frente al cansancio. Que estas letras les recuerden que su labor de cuidado y búsqueda es la máxima expresión de amor y ciudadanía. Sigán adelante con la certeza de que su lucha importa, de que su voz resuena y de que somos muchos los que, desde nuestras trincheras profesionales y humanas, permanecemos atentos, comprometidos y listos para preservar la memoria junto a ustedes.

La búsqueda es una práctica de dignidad que produce memoria y genera esperanza. Gracias por no rendirse, gracias por enseñarnos lo que significa resistir y gracias por recordarnos que, mientras haya alguien buscando, el olvido no ganará la partida.

Con profundo respeto y solidaridad perenne, un compañero de camino en la construcción de la memoria.

Jesús Armando Hernández Vargas
Unidad Académica Profesional Chimalhuacán,
Trabajo Social
Universidad Autónoma del Estado de México

27 de abril de 2026

Personas buscadoras:

Hay una frase que me gusta mucho, originada en la resistencia del pueblo chileno ante la dictadura de la década de los setenta: “Hasta que la dignidad se haga costumbre”. Se las comparto porque para mí ha sido una manera de ver el horizonte en tiempos de desesperación, y es como he entendido mejor la labor que ustedes llevan a cabo.

Hace más de un año, alrededor de las fechas en que se compartieron los hallazgos del Rancho Izaguirre en Jalisco, empecé a interesarme por la labor que ustedes realizan y la magnitud de la crisis de desaparición en nuestro país. Tan pronto comencé a escuchar y leer muchas de sus historias, me invadió la desesperanza; me confrontó —y sigue confrontándome— la violencia detrás de una desaparición. Después me vino una profunda confusión al no entender cómo desaparece una persona. No me refiero al acto en particular, sino a no saber dónde queda la vida frente a la desaparición, no sólo la vida de la persona ausente, también la de ustedes, quienes se enfrentan a esa ausencia. Esas preguntas, inicialmente formuladas desde la lejanía y el desconocimiento, me llevaron a una desesperanza aún mayor, que rápidamente se confrontó con su resistencia y determinación por encontrarles a todas, todos y todes. Sin darme cuenta, tuve frente a mí la expresión de esperanza más compleja y amorosa que he conocido, una esperanza que se opone al olvido, la opresión, las mentiras y la indolencia: una esperanza revolucionaria.

Es en particular su oposición al olvido desde donde he entendido la importancia de la búsqueda en una sociedad tan lastimada por la violencia. Cada vez que suena el nombre de una persona desaparecida, al escuchar cuál era su comida favorita, qué tipo de música le gustaba, y saber cuánta falta hace, tenemos la oportunidad de conocerla. La persistencia de la memoria es un recordatorio constante de la responsabilidad compartida que tenemos y crea posibilidades: la forma en que ustedes se niegan al olvido es un acto que se atreve a imaginar otras maneras de construir la realidad que deseamos y abre caminos hacia nuestro compromiso de unirnos a la búsqueda. No olvidar a una persona desaparecida es una señal de inconformidad frente a lo impuesto. Su labor es la prueba de que sí es posible un mundo de verdad y de justicia. La memoria de quienes faltan es una invitación directa a romper con la indiferencia y acompañarles en su lucha.

Reconozco la fuerza con la que buscan y el cansancio que logran vencer a diario. Su labor importa y no la realizan en soledad. También reconozco que dentro de ese cansancio abundan la alegría y la calidez, las oportunidades que he tenido de pasar tiempo con algunas y algunos de ustedes igualmente han estado llenas de música, chistes y conversaciones de cualquier tema. Reconozco que resistan desde el enojo y la alegría al mismo tiempo.

Acompañar y ser testigos de su esfuerzo y determinación es, sobre todo lo demás, un llamado a la esperanza. Caminar los desiertos y los cerros, atravesar ciudades y confrontar a los que quieren convencerles de que no vale la pena seguir buscando es precisamente un testimonio de lo contrario, de que necesitamos la búsqueda porque necesitamos permanecer en la memoria de quienes faltan

y de lo que deseamos que no vuelva a suceder. Esta necesidad confirma la responsabilidad de todas las personas para mantenernos firmes en la esperanza, el recuerdo, y la búsqueda de la verdad y la justicia, para acompañarles en su lucha, y en comunidad seguir construyendo, trabajando y avanzando este sendero que no terminará hasta que la dignidad se haga costumbre.

Con cariño y agradecimiento.

Luis Mario Rodríguez

Ciudad de México, 20 de abril de 2026

A quienes buscan:

Hay ausencias que no caben en el lenguaje. Ninguna palabra alcanza para nombrar la violencia de una silla vacía, de una llamada que no llega, de una puerta que permanece entreabierta por si alguien regresa. En México miles de hogares viven suspendidos en esa herida: la desaparición no es sólo la falta de una persona, es la fractura cotidiana de la vida, el despojo del tiempo, la condena de esperar sin tregua y de aprender a respirar en medio de la incertidumbre.

La desaparición no ocurre únicamente cuando alguien falta. Continúa en la indiferencia, en los expedientes detenidos, en las búsquedas postergadas, en la burocracia que desgasta, en las instituciones que llegan tarde o nunca llegan. Continúa en la impunidad que se vuelve costumbre y en una nación que demasiadas veces ha querido acostumbrarse al horror. Esa es también una forma de violencia: obligar a las familias a convertirse en investigadoras, peritas, rastreadoras y defensoras, cuando lo único que deberían ser es hijas, madres, padres, hermanos, personas amando y esperando a quienes faltan.

Frente a ese abandono, ustedes han levantado lo más poderoso: la dignidad. Han hecho de la búsqueda una forma de amor y de resistencia. Han caminado donde el Estado se ausentó. Han escarbado la tierra donde otros prefirieron mirar hacia otro lado. Han sostenido la me-

moria cuando tantos apostaron por el olvido. Sus manos han abierto caminos donde antes sólo había silencio, y su voz ha nombrado aquello que en nuestro país se quiso esconder bajo cifras, fosas y expedientes archivados.

No hay acto más profundamente político que negarse a olvidar. No hay denuncia más contundente que seguir buscando. Ustedes nos han enseñado que el amor también se vuelve brújula, pala, consigna, marcha, denuncia y verdad. Que buscar no es únicamente insistir en encontrar a una persona, sino defender la posibilidad misma de vivir en un México donde nadie debería desaparecer.

Desde nuestro lugar, nos atraviesa la impotencia y también la vergüenza de una sociedad que muchas veces ha sido espectadora, la rabia ante instituciones incapaces de responder con humanidad y justicia, la indignación frente a una violencia que pretende normalizarse. Sabemos que nada de eso se compara con el dolor de buscar a quien se ama, pero sí nos compromete a no permanecer inmóviles, a no aceptar el silencio como refugio ni la distancia como excusa.

Nos acercamos desde el respeto más profundo, reconociendo que esta búsqueda les fue injustamente impuesta y que ninguna herramienta, ningún proyecto y ninguna palabra sustituyen esa ausencia. Lo hacemos desde la escucha, desde el reconocimiento de sus saberes y de la fuerza que han construido colectivamente. Queremos sumar sin invadir, acompañar sin apropiarnos, acuerpar desde la solidaridad y aportar, con humildad, aquello que pueda servir para encontrar a quienes nos faltan.

Porque no se trata solamente de buscar personas desaparecidas: se trata de defender la dignidad humana frente a un país que demasiadas veces la ha enterrado. Se trata de

exigir verdad donde hubo ocultamiento, justicia donde hubo abandono y memoria donde otros quisieron imponer omisión.

Gracias por preservar los nombres cuando otros quisieron borrarlos. Gracias por recordarnos que además de una exigencia de justicia, la búsqueda es una forma radical de amor. Gracias por enseñarnos que la esperanza también se construye con las manos heridas, con los pasos cansados y con la decisión inquebrantable de no rendirse.

A todas las familias buscadoras: les abrazamos con profundo respeto, admiración y solidaridad.

No están solas. No están solos.

Su lucha también es la nuestra.

Hasta encontrarles.

Equipo Regresa
Ana Itzel Juárez Martín
Yaelinne Sieg Castro Galván
Gabriela Pardo Mendoza
Eduardo Durán Romero
Aldo Italo Gutiérrez Ixta
Pablo César Otero Acosta

Abril de 2026

Su búsqueda es una revolución. Una revolución dolorosamente necesaria en este momento, pues surge de la frustración producida por las fallas y crisis de nuestras instituciones. Su fuerza diaria que mantiene la búsqueda de sus seres amados desaparecidos, es la renuncia a ser espectadores. Su búsqueda es vulnerar al sistema desde el interior, en este México donde ocurren desapariciones de personas. Ustedes son revolucionarios y revolucionarias, su valía en la búsqueda exige una transformación y aspira a acelerar los procesos fallidos en las esferas política, económica e histórica de nuestro país.

Les comparto estas palabras de acompañamiento a cada una de ustedes, personas buscadoras, identificando su labor como una lucha para mantener la memoria de sus seres queridos que están desaparecidos y forman parte de sus familias. Esa memoria que se formó y existe por las palabras, sensaciones, emociones, experiencias, situaciones complicadas, alegrías, tristezas y festejos que sucedieron en la convivencia cotidiana, historias reales que ustedes mantienen presentes y que es necesario que todas y todos reconozcamos, pues esta memoria forma y construye la identidad de la persona desaparecida, buscada por una familia que no olvida, que busca desde el amor.

En mi día a día me he dado cuenta de que desafortunadamente en el contexto actual hemos perdido este reconocimiento de la persona y su valor, ya que damos mayor importancia a un estatus social, al dinero, a cumplir expectativas inalcanzables implantadas por los sistemas, olvidando quienes somos, la importancia

de los vínculos familiares y sociales, e incluso la esencia de cada uno de nosotros.

En el entorno social debemos reconocer su proceso de búsqueda como un medio para visibilizar la dignidad tanto de las personas desaparecidas como de las personas buscadoras, pues es imprescindible recordar que cada uno tenemos un valor. La dignidad es un derecho inalienable, un derecho que nadie nos puede quitar, que no se pierde, ni desaparece.

Desde mi trinchera como ciudadana, docente y persona que respeta a sus semejantes y la valía del otro, les ofrezco mi reconocimiento a cada una y uno de ustedes. Desde mis espacios de formación de jóvenes en un aula les aseguré que evitaré la neutralidad ante las desapariciones, visibilizando su realidad y determinación como grupo y exigiendo a nuestros sistemas que las personas desaparecidas no sean vistas como un número estadístico, sino como hijos, hijas, madres, padres, parejas... valiosas y valiosos para una familia a la que le duele no tenerles.

Con respeto.

Ana María Ibarra Vargas

A las madres buscadoras:

Les escribo para manifestarles mi profunda solidaridad y reconocimiento a su labor de buscar a sus hijas e hijos desaparecidos, usualmente en territorios peligrosos y bajo condiciones de gran riesgo. Entiendo su indignación al no contar con el apoyo de las autoridades responsables de investigar e impartir justicia.

Resulta casi imposible describir la tortura que padecen cotidianamente ante la ausencia de sus seres queridos. Pero a pesar del profundo dolor que experimentan en el cuerpo y en las emociones, no dejan de buscar, incluso a costa de su propia salud y de la creciente pérdida de su patrimonio.

Las palabras resultan limitadas para acercarnos a lo que sienten ante la falta de sus vástagos. Sin embargo, existe la *saudade*, término en portugués que amalgama nostalgia, añoranza, melancolía y amor intacto hacia alguien ausente. Un sentimiento que es más profundo que la tristeza. Me parece que la *saudade* puede ayudar para que la sociedad y las autoridades dimensionen el cúmulo de emociones intensas que ustedes experimentan. Nadie debería padecer sufrimiento tan profundo y prolongado.

En la incesante búsqueda de los suyos, han construido espacios significativos de esperanza al concitar y sumar esfuerzos desde la colectividad. Se encuentran para conversar. Observan y escuchan a otras madres buscadoras. Suman y, al mismo tiempo, florecen. Bordan y plasman los nombres de sus hijas e hijos en lienzos y mantas. Este acto de bordar les permite meditar y acompañarse; al sen-

tir los hilos y las telas, tejen una atmósfera que las mantiene en contacto con sus ausentes.

Han aprendido a no sentirse solas, a acompañarse en el silencio. Construyen memoria con sus bordados, con sus conversaciones y con su escucha activa. Resignifican el tiempo. Conocen bien los plazos burocratizados de las instituciones que entorpecen las búsquedas, pero también destinan periodos para el encuentro, la meditación, la reflexión y la creación de colectividad, de comunidad. Hoy, ustedes edifican espacios terapéuticos al reconocerse en el dolor de los demás.

Desde la dignidad buscan a sus seres amados. Los honran a cada paso que dan al recorrer los senderos, brechas, montañas, desiertos y selvas, al cargar palas y picos, al calzarse botas para todo terreno, al ajustarse las gorras y al vestir playeras con las imágenes de los suyos, impulsadas por la esperanza de hallarles con vida o de encontrar algún vestigio de su ser. Como miembros de la sociedad civil, reconocemos que son mujeres dignificadoras de la vida. Su labor de búsqueda tiene efectos inconmensurables en las personas, en las familias y en la comunidad.

Ustedes, madres buscadoras, enaltecen la vida de todos: niñas, niños, jóvenes, mujeres, hombres, adultos mayores, de todos por igual y sin distinciones. Su labor nos hace dignos de vivir.

No debería existir la palabra “desaparecidos”. Ustedes exigen cada día que en nuestro país nadie debería estar ausente, y alimentan la esperanza de que llegue el momento en que nadie tema desaparecer.

Sinceramente.

Guillermo Paleta Pérez

A quienes buscan y no cesan:

Las palabras y las cartas nunca serán suficientes. No alcanzarán para nombrar ni para recordar, pero sí para no olvidar.

Escribo esto desde un lugar muy lejano, tan lejano que en apariencia es distinto al suyo; un lugar inevitable e incluso, injustamente cómodo, pero no indiferente. Tan cómodo que el sol, la tierra, los olores y el viento, no parecen los mismos. Por ello escribo esto, para recordar, para no olvidar ni dejar que nadie más olvide. Sé que no puedo, y por eso no trato de explicar su dolor, sino de reconocerlo, de reconocer su lucha y su esfuerzo. Escribo para reconocerlas como mujeres, madres, amigas e hijas.

Sé que enfrentan adversidades, escenarios y panoramas desolados, imponentes, en donde los elementos de la naturaleza son sus compañeros, sus vigilantes e incluso, sus protectores, pero también, de alguna forma, sus enemigos. Salen antes de que amanezca, antes de que el sol las ilumine y guíe con su luz y calor, pero a medida que el día avanza, las agota, las deshidrata, las sofoca, no les concede ni un poco de sombra. La tierra, tan dura y seca, no permite que se adentren en ella, permanece tan profunda y recelosa, como si se negara a revelar lo que la han obligado a guardar.

El viento levanta polvo y las ensucia, borra sus huellas, pero también les regala brisas, fresca a ratos, y canta con ustedes y transporta sus nombres, sus plegarias y sus peticiones para que alguien las escuche.

Los objetos que las rodean y acompañan, como fieles elementos en sus búsquedas, terminan siendo accesorios

cotidianos y banales: gorras, pañuelos, guantes y bolsas. Palas, picos, rastrillos y varillas, herramientas destinadas a construir, edificar y cimentar hogares, tienen otro sentido, porque los suyos ya fueron destruidos antes de tomarlas, antes de llenar sus manos de callos y heridas por darles un uso completamente opuesto.

Sin importar las condiciones, durante las cuatro estaciones del año ustedes buscan. No se detienen. Buscan, buscan y siguen buscando, nombrando, haciendo que las herramientas al entrar y perforar la tierra resuenen junto a los nombres de sus familiares y sus amigos, como si con cada golpe, cada nombre, la tierra, en su centro, retumbara.

A pesar de todo, ustedes vuelven. Con temor, tristeza y angustia transformadas en fuerza y resiliencia. Insisten. Marcan. Caminan. Nombran. Gritan. Repiten y vuelven a repetir. Porque nunca es suficiente y jamás lo será. Porque repetir es no olvidar, no dejar que el país ni las autoridades olviden: sus nombres, sus rostros y sus historias. La ausencia no debe volverse costumbre. La ausencia no debe ser motivo de silencio ni de impunidad. El silencio que intentan imponerles debe continuar siendo cuestionado, y tal vez la única forma de hacerlo sea seguir luchando, gritando, nombrando y escribiendo. Porque buscar, al igual que escribir, no es sólo un acto: es una forma de recordar, resistir y respirar en un país que insiste en el olvido.

Espero que estas palabras y otras cartas les signifiquen consuelo, les transmitan fuerza y esperanza. Que incluso desde lejos, se sientan y resuenen, lo mismo que su búsqueda.

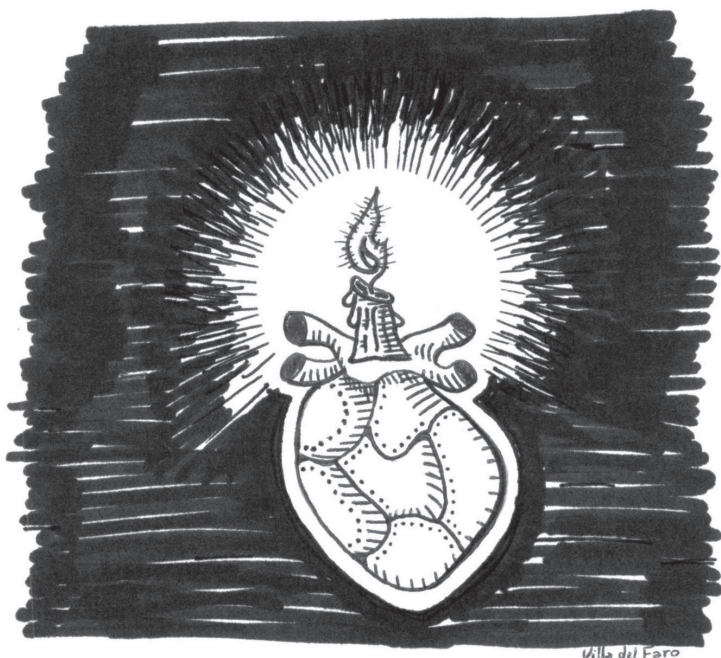
Sayuri Mendoza

**“MIENTRAS ALGUIEN
SIGA NOMBRÁNDOLES,
NINGUNA AUSENCIA
SERÁ OLVIDO”**

III

EL AMOR TAMBIÉN

BUSCA



Villa del Faro

“PALABRAS PARA SOSTENER EL CORAZÓN”

El amor no necesita explicaciones ni análisis, y ante la ausencia trasciende a la denuncia. Simplemente abraza, cuida, acompaña y sostiene...

Queridas buscadoras:

Me duele profundamente, me frustra, me indigna que se haya tenido que crear ese término. No logro entender cómo nos toca vivir en un país donde han desaparecido a más de 130 mil personas y, aun así, no hay una respuesta efectiva por parte del gobierno; que parezca que nada pasa. Mi cabeza no alcanza a comprender cómo alguien puede estar un día y al otro no, y el mundo sigue girando. Es rotundamente injusto, y lamento muchísimo que estén atravesando por esta situación.

Al mismo tiempo, me llena de esperanza y gratitud saber que, a pesar de que pareciera que todo está perdido frente a la inacción del Estado, eso no las detiene. Ustedes han logrado enfrentar y superar múltiples obstáculos: desde intentar interponer una denuncia cuando ni siquiera se reconocía el delito de desaparición forzada, hasta soportar la revictimización, los insultos, las amenazas y la ineficacia institucional.

Son un ejemplo. Estoy convencida de que su manera de actuar frente a esta crisis ha sido, aparte de necesaria, muy transformadora. Me tranquiliza saber que en este camino tan doloroso se han encontrado, han construido colectividad con un horizonte común y desde ahí, desde la confianza y la fuerza que otorga la comunidad, han decidido salir a buscar, en vida y en campo, y a exigir a las autoridades que cumplan con su responsabilidad y rindan cuentas.

Me inspira su lucha y sus logros: la tipificación de delitos; el establecimiento de protocolos, de instituciones, y de mecanismos de atención y búsqueda, así como su capa-

cidad de hacerse escuchar y de ir mejorando las condiciones del país.

Admiro su fortaleza y el amor incondicional hacia sus familiares, así como su creatividad e inteligencia: sin una formación previa en ámbitos legales, forenses o de incidencia pública, han logrado convertirse en referentes en estos campos. Han construido saberes propios y, en muchos casos, han superado a quienes sí contaban con esa formación. Aun así, siguen imaginando nuevas formas de buscar y de visibilizar la problemática.

Aprecio que, a pesar del miedo y los riesgos que implica ser defensoras de derechos humanos, no se dejen intimidar y continúen exigiendo el regreso de todas las personas desaparecidas.

Pienso que hay días en los que el cansancio y la desesperación pesan más. En esos momentos, ojalá puedan recordar que no están solas. Aunque a veces parezca que a nadie más le importa, recuerden que hay personas dispuestas a acompañarlas. Apóyense en su red y no se rindan.

Sepan que somos muchas quienes nos unimos a su lucha desde distintos espacios, tanto personales como profesionales, y que no permitiremos que las personas desaparecidas sean olvidadas. Seguiremos caminando junto a ustedes, sosteniendo la memoria, y exigiendo verdad y justicia.

Desde todo lo que soy, las acompaño. Están presentes en mi pensamiento y en mi corazón, de manera constante. Deseo profundamente que todas puedan encontrar a sus seres queridos.

Con todo mi cariño y solidaridad.

Daniela Martínez

Monterrey N.L., 27 de abril de 2026

A ti que buscas:

Sé que no hay palabras suficientes ni adecuadas para tratar de reconfortar tu dolor o la incertidumbre por la que estás pasando, aun así, me gustaría que estas líneas sean un pequeño abrazo que te pueda acompañar por tan difícil camino.

Comprendo que cada día es una mezcla de esperanza y angustia, de zozobra y cansancio, de recuerdos que afianzan esta búsqueda, pero también de preguntas sin respuesta; buscar a quien amas no es sólo un acto de amor profundo, también lo es de valentía inmensa, y de un grito que no se apaga; es un vínculo que, en medio del cansancio, la tristeza y la lucha, no se rompe.

Deseo que sepas que no estás sola ni solo, estoy contigo y reconozco tu lucha, honro tu resistencia y de todo corazón anhelo que encuentres verdad y justicia, y que tu ser amado esté de regreso contigo, su hogar. Tu voz, tu búsqueda, tu exigencia, pero sobre todo tu memoria, son formas de mantener presente a quien falta, y de exigir que nunca sea olvidado ni olvidada. La memoria es un puente que conserva a los seres queridos cerca.

En los momentos en que el peso parezca insoportable, o cuando el camino se vuelva más incierto y espinoso, recuerda que tu amor es más fuerte que el silencio. Por favor permítete descascar, sentir, llorar y pedir apoyo; el enojo e incluso la desesperanza son parte del duro proceso que vives, pero no disminuyen tu fortaleza, sino que, por el

contrario, son una prueba más de la profundidad de tu compromiso y tu gran amor, muchos y muchas te necesitamos, cuidar de ti misma es parte de la lucha.

También creo que es importante recordar que la memoria no es un acto individual, es una tarea colectiva y ética, es un hecho que trasciende lo personal para convertirse en un compromiso social, con la dignidad humana y con el dolor ajeno, y que, como sociedad, no podemos ni debemos permanecer indiferentes ante el dolor de las personas que como tú buscan incasablemente a un ser querido, amado, y su ausencia duele y se resiste al olvido. Acompañar, nombrar y recordar es una responsabilidad compartida que nos humaniza y que nos lleva a exigir, visibilizar, mantener viva la historia y negarnos a normalizar la ausencia. Es comprometernos con la verdad, la justicia, la empatía activa, la solidaridad consciente y la no repetición. Una tarea colectiva en que cada acto de memoria suma, cada voz cuenta y cada gesto solidario fortalece la esperanza.

Te acompaño con respeto y fraternidad. Deseo de todo corazón que encuentres luz en medio de la oscuridad, y que cada uno de tus pasos esté afianzado en la dignidad y el amor que te impulsa. Que cada vez que alguien que falta regresa con los suyos, sea esa motivación para seguir y gritar, hasta encontrar a todos y todas.

Con profundo respeto y empatía.

Ángela L. Flores Martínez

Hoy quiero decir que tu lucha es importante, gracias por no darte por vencido cuando lo que ves en tu interior es una mezcla de dolor, esperanza e incertidumbre. Es completamente válido que te sientas así. No estás sola ni solo. Cuando amas a alguien nunca es demasiado, te admiro por la fortaleza que demuestras cada día con cada paso que das sin perder de vista tu objetivo, la expectativa de que puedan encontrarse y reunirse de nuevo. Imagino que hay días que deben ser más difícil que otros, así como inciertos.

Agradezco que nunca des marcha atrás, pero también quiero que sepas que no tienes que ser fuerte todo el tiempo, si un día lo crees necesario puedes permitirte sentir, llorar, gritar o guardar silencio. Hay gente que se preocupa, que escucha y que busca la manera de estar ahí para que puedas continuar, poco a poco. Y yo también aquí estaré para ti, búscame en Dios, en el cielo o en el universo, aquello que te haga sentir mejor. Nunca olvides que no tienes que luchar contra todas esas emociones en tu corazón, permítete sentir como sea, no tienes que aparentar que estás bien, es normal que unos días sean más pesados que otros, te abrazo con mucho cariño y de verdad deseo que pronto obtengas respuesta.

No estás sola ni solo en esto. Hay una comunidad de personas atentas y muy comprometidas con la búsqueda, que entienden tu dolor y que en verdad desean apoyar y acompañar de la forma en que se requiera. Tu dolor importa, no es invisible.

Lo que haces habla de un amor inmenso. De ese amor que no se detiene, incluso cuando todo alrededor parece desmoronarse y el tiempo se queda suspendido. Esa esperanza de volver a encontrarlo a encontrarla te sostiene día

a día, te da fuerzas para seguir buscando, contra todo, y cuando otros dudan o pierden la fe. Eso es de un enorme valor: es amor, es valentía, es no rendirse. Admiro mucho la fuerza que demuestras en medio de esta realidad, cada uno de tus actos son muy valientes, no cualquiera podría enfrentar algo así.

Sé que tu búsqueda nace del amor hacia tu ser querido, y eso ya dice mucho de ti, así que recuerda que no estás sola ni solo, hay personas que también creen y acompañan tu lucha. Un paso a la vez, tu ritmo indicará el camino. Confío en que habrá respuestas. Supongo que no te es fácil y aun así permaneces luchando, avanzando, buscando, insistiendo, sin soltar ni desistir, demostrando el amor que tienes dentro de ti.

No puedo decirte que todo irá bien ni que esto terminará tan pronto como todos quisiéramos... Pero sí puedo decirte gracias: por no rendirte, ni siquiera en las jornadas más difíciles; por por seguir, por sostenerte desde ese amor tan grande, tan infinito e incondicional.

Lo que haces es de un enorme valor. De corazón deseo que pronto obtengas respuestas.

Con cariño.

Marisol Alpizar

Te saludo hasta donde estás, sabiendo que el sol de este día toca la piel de ambas, recordándonos que hay una razón para seguir aquí. Sé que no pisamos el mismo suelo y que lo que nos pone de pie para andar es un motivo distinto, sin embargo, hoy escribo para decirte que cada vez que te levantas en otro sitio hay alguien que se despierta orando para que la salud y la fuerza te acompañen, esperando que tu búsqueda cese pronto.

Desde acá siento que te veo y reconozco cualidades excepcionales en ti, de algún modo me recuerdas a mi madre, quien desafortunadamente ya partió, pero si la hubieras conocido te agradecería: era muy decidida, justa y noble; pienso que era una mujer adelantada a su época, siempre he dicho que en ella había una mezcla perfecta entre amor y disciplina. Ahora, escribiéndote, me doy cuenta de que esas cualidades son propias de una mujer que ama, de una mujer como tú, a quien el amor no le cabe en el cuerpo y lo transforma en determinación y coraje. De una mujer que hace magia, porque transforma el cansancio en energía y los sueños en esperanzas.

Sé que has llegado a sentirte abandonada y a creer que nadie dirige la mirada hacia donde tú y otras personas buscan a un ser querido, en este territorio que lamentablemente se presenta hostil. Pero, ¿has visto los pequeños brotes que surgen de la tierra árida? Son plantas extraordinarias, y no tanto debido a que superan condiciones hostiles, sino porque son reflejos de la luz del sol que toman para evidenciar la existencia. Si las miras con detenimiento sus pequeñas hojas son un abanico de belleza, igual que ustedes, quienes buscan, brotes de humanidad en un mundo que parece no dar cabida a la sensibilidad.

A través de su lucha nos muestran que el amor tiene muchas formas: de una caminata, de piel lastimada por el sol, de ojos desvelados y de gritos cansados, y a la par nos enseñan que de lo plural nace el acompañamiento, la escucha, el entendimiento y la empatía. Todo eso son pequeñas semillas que van sembrando a su paso sin darse cuenta. Ustedes no lo notan, porque su mirada se dirige hacia el frente, sin embargo, nos brindan una gran enseñanza, no sólo acerca del amor y lo que significa ser humano, sino la lección de que la solidaridad es una puerta que nos permite vernos en el otro, valorando su sentir y acercándonos a entenderle, algo tan sencillo y profundamente complicado en estos tiempos: mirarnos como seres vivos.

Su búsqueda es una resistencia ante la inhumanidad, aquella a la que sin darnos cuenta nos hemos acostumbrado. Su labor evidencia la necesidad de una búsqueda más grande que nos concierne a todos: la destinada a encontrar la humanidad que nos ha sido arrebatada o hemos abandonado. Una humanidad que parece esconderse entre los arbustos, las calles y los rincones, y que ustedes destapan con un machete, las manos o una pala, para exigirnos que abramos los ojos y, sobre todo, el alma.

Nadia García Espino

Querida persona que busca sin descanso a su ser amado:

Lo escribo así porque no sé si eres madre, padre, esposa, esposo, hija o hijo, sólo sé que todos los días te levantas con la esperanza viva de que hoy pueda haber noticias, de que hoy pueda, quizá, ser distinto.

Me llamo Valeria, tengo 30 años y soy madre de dos bebés, Luis de cinco años, y Fátima Artemisa de tres. Te lo cuento porque desde que gestaba a Luis en mi vientre y reposaba en mi cama por las noches tratando de conciliar el sueño, muchas veces mi algoritmo de redes sociales me llevó a ver cómo las madres buscadoras de Sonora encontraban fosas clandestinas donde algunas de ellas localizaron a sus seres queridos. Porque desde el día en que Luis se estaba formando en mi vientre, esa realidad me cayó encima de una manera distinta.

Antes el tema no me era indiferente, inicié mi activismo político en el auge del movimiento social por la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa, cuando estudiaba en la universidad, y al igual que para muchas personas, desde ese lamentable hecho, las desapariciones forzadas dejaron de serme ajenas.

Pero desde que Luis se instaló en mis entrañas y mi carne formaba la suya, y éramos uno, el dolor de perder a quien aún no tenía entre mis brazos me estallaba en el corazón, acrecentándose al ver el incesante calvario que para las madres representa buscar los restos de sus hijos entre la tierra.

Perdona si lo que te digo te lastima, perdona si no son palabras de aliento, de esperanza, de contención las que recibes de mí. Te aseguro que no es con ánimo de herir-

te. Es más bien una forma, tal vez extraña, de reconocer tu labor, tu fuerza, de decirte que si eres una madre que busca, mi corazón de madre se duele contigo, llora contigo. Es una forma de decirte que tu dolor, aunque yo sea incapaz de experimentarlo como tú lo vives, ha formado parte de mis pensamientos, de mis noches en vela y de mis oraciones.

Que mi pequeña forma de apoyarte a ti, a tu causa, a la causa que debería ser la de todos y todas, es difundiendo fichas de búsqueda, y no ser indiferente. Porque hoy a muchas personas el dolor de otras les incomoda. Porque muchas personas prefieren ignorar el dolor de la realidad social de nuestro país con tal de encerrarse en una burbuja donde nada lastime. Yo no quiero ser egoísta y mirar hacia otro lado. Porque si fuera mi hijo, mi hermana, mi padre o mi madre quien estuviera en el lugar en el que hoy está la persona que amas, no querría que nadie pasara de largo por mi dolor, por la ausencia de quien jamás debió desaparecer y dejar una silla vacía en mi hogar.

Sé que no necesitas ni que te agradezcan ni que te den fuerzas para seguir, porque el amor te impulsa, porque la rabia te sostiene, pero si de algo sirve, no eres invisible para mí, tu causa es también la mía, la nuestra, la de un gran número de personas que acompañamos en silencio y nos dolemos de esta realidad que jamás debió existir.

Te abrazo, te honro. Honro tu lucha, tu cansancio, el desgaste, la esperanza, la desesperanza y el hartazgo que de seguro también llega.

Te ofrezco mi empatía, mi reclamo de justicia. Te ofrezco mi abrazo a la distancia, mis palabras de aliento

que, aunque suenen distintas, están cabalmente expresadas en esta carta.

Pongo mi mano en tu hombro, y te digo, no estás sola, no estás solo. Yo a veces creo en las energías, porque pienso que todas las personas estamos llenas de eso, así que te impregno de ellas y con eso, de la poca fuerza que tengo, si de algo sirve.

Una vez pensando en las desapariciones forzadas escribí esta frase: “Quisiera sacarme el corazón del pecho y usarlo como brújula hasta encontrarte”. Que tu corazón te guíe, hasta encontrarles.

Valeria López

Querida persona en búsqueda:

Me trabo tan solo de empezar a escribir estas palabras y me paraliza no saber cómo acompañarte, pero me atrevo a hacerlo en señal del profundo respeto que siento por ti, y por todos y todas quienes nos hacen falta.

Desde la trinchera de los humanos simples, mortales que sólo trabajamos detrás de un escritorio, reconozco y pido cada día por tu caminar, honro tu resistencia y lo revolucionaria que es tu alma.

Tú búsqueda no es invisible, aunque a veces lo parezca. Te veo. Te vemos. Estás sembrando la justicia y reescribiendo la dignidad de manera histórica.

Qué el más grande Amor cobije tus noches más oscuras, abraza a los corazones indiferentes, y reafirme la fe por el encuentro. Que la Madre Tierra te abra camino y acompañe en cada jornada de búsqueda. Y que como sociedad podamos sostenerte, responderte y hacernos responsables por todo lo que te hemos fallado.

No me alcanzan las palabras, pero tampoco el silencio. Te abrazo con todo mi respeto.

Mónica Adame

A ti, que buscas...

No sé tu nombre, pero te reconozco.

Te reconozco en la manera en la que sigues caminando, incluso cuando el camino duele.

Te reconozco en esa fuerza silenciosa que no necesita ser nombrada para existir.

Te reconozco en el amor que no se detiene, aunque la incertidumbre lo atraviese todo.

Hoy no escribo para explicarte lo que vives.

No escribo para darte respuestas que sé que no existen de forma sencilla.

No escribo para llenar con palabras algo que muchas veces sólo puede habitarse en silencio.

Hoy escribo para acompañarte.

Para sentarme, desde este lugar, a tu lado.

Para honrar tu búsqueda.

Para reconocer, con profundo respeto, la dignidad de lo que haces cada día.

Porque buscar no es mera reacción ante la ausencia.

Buscar es un acto profundamente humano.

Es sostener la memoria cuando todo parece querer borrarla.

Es resistir al olvido cuando el mundo avanza sin detenerse.

Es afirmar, una y otra vez, que cada vida importa.

Y tú lo haces. Cada día.

Hay una fuerza en tu caminar que quizá no siempre se siente como fortaleza, pero que se manifiesta en la decisión de no detenerte.

En la insistencia de seguir preguntando.

En la dignidad de seguir nombrando.
Y eso... transforma.
Tu búsqueda no sólo habla de quien falta.
También habla de ti.
De tu capacidad de amar.
De tu capacidad de mantener lo que duele sin rendirte
ante el olvido.
Sé que hay días en los que el tiempo pesa distinto.
Días en los que las horas se alargan.
Días en los que el cuerpo se cansa, pero el corazón no
encuentra reposo.
Días en los que la incertidumbre se instala como una
presencia constante.
Una pregunta abierta.
Un espacio que no termina de cerrarse.
Y en medio de todo eso... sigues.
Sigues preguntando.
Sigues buscando.
Sigues recordando.
Sigues firme.
Y eso, aunque a veces no lo sientas así, es profunda-
mente valioso.
Porque tu búsqueda no es individual.
Tu búsqueda construye memoria.
Tu búsqueda nombra lo que no debe ser olvidado.
Tu búsqueda interpela, mueve, transforma.
Tu búsqueda dice: aquí hay una vida que importa.
Aquí hay una historia que no desaparece.
Aquí hay un vínculo que sigue vivo.
Y en ese acto hay dignidad.
Quizá no siempre lo sientes así.

Quizá hay días en los que todo se vuelve pesado, confuso, e incluso agotador.

Y es comprensible.

Porque la incertidumbre es uno de los desafíos más profundos que puede afrontar el ser humano.

Es habitar un lugar donde no hay respuestas claras, donde el tiempo no cierra, donde el amor no encuentra descanso.

Por eso quiero decirte algo con mucha suavidad: no tienes que poder con todo al mismo tiempo.

No tienes que ser fuerte todo el tiempo.

No tienes que sostenerlo todo sin descanso.

No tienes que ocultar lo que sientes para seguir adelante.

Tu humanidad también es parte de tu dignidad.

Y dentro de esa humanidad también hay espacio para el cansancio, para la pausa, para el respiro.

Porque lo que te mantiene no es sólo la búsqueda: es el amor.

Un amor que no desaparece con la ausencia.

Un amor que no se rompe con el silencio.

Un amor que sigue vivo, incluso cuando no hay respuestas.

Ese amor está en cada paso.

En cada recuerdo.

En cada gesto de memoria.

Y sí, también está en el dolor.

Pero hoy quiero invitarte, con profundo respeto, a mirar ese dolor desde otro lugar.

Tu dolor no es debilidad.

Tu dolor no es algo que tengas que esconder.

Tu dolor no es algo que deba desaparecer para que puedas seguir.

Tu dolor es amor que sigue presente.

Es amor que no ha encontrado un lugar para descansar.

Es amor que se expresa en la búsqueda, en la memoria, en la insistencia.

Y dentro de ese dolor... también habita tu fuerza.

No una fuerza que exige.

No una fuerza que impone.

Sino una fuerza que permanece.

Una fuerza que no siempre se siente como esperanza, pero que sigue sosteniendo.

Una fuerza que vive en ti.

Quizá no siempre la reconoces.

Quizá hay días en los que no la sientes.

Pero está.

Está en cada vez que decides levantarte.

Está en cada vez que vuelves a intentar.

Está en cada vez que, incluso en medio del cansancio, eliges no rendirte.

Esa es tu fuerza.

Y es suficiente.

También quiero decirte algo importante, que merece ser expresado con claridad y ternura:

Cuidarte también es parte de la búsqueda.

Respirar no es rendirte.

Descansar no es olvidar.

Tener un momento de calma no traiciona el amor que sientes.

Al contrario... Te permite sostenerlo con más profundidad.

Porque tú también importas.

Tu vida importa.

Tu cuerpo importa.

Tu bienestar importa.

No únicamente como alguien que busca, sino como una persona que siente, que vive, que merece.

Y dentro de este camino tan complejo, tan profundo, tan humano... también tienes derecho a existir más allá del dolor.

No para dejar de buscar.

No para olvidar.

No para soltar.

Sino para resistir.

Porque en medio de todo lo que haces por amor... también mereces recibir amor.

Hoy, desde este espacio, quiero recordarte algo más:

No estás sola.

No estás solo.

Aunque el camino a veces se sienta así.

Aunque haya momentos de silencio.

Aunque haya instantes en los que todo parezca lejano.

Hay una comunidad que existe.

Una memoria colectiva que se construye.

Muchas voces que, como la tuya, se niegan a desaparecer.

Tu búsqueda forma parte de algo más grande.

De una red invisible de dignidad.

De una fuerza colectiva que sostiene, que nombra, que recuerda.

Y aunque no siempre se vea, está.

Hoy, desde mis palabras, me sumo a esa presencia.

No para hablar por ti.

No para ocupar tu lugar.

Sino para acompañarte con respeto.

Para reconocer tu caminar.
Para honrar tu historia.
Para decirte, con toda claridad: lo que haces importa.
Tu búsqueda importa. Tu voz importa. Tu historia
importa. Y tú importas.
No por lo que haces.
No por lo que resistes.
Sino por ser quien eres.
Un ser humano que ama profundamente.
Y ese amor, aunque hoy duela, te mantiene de pie.
Hoy no intento cambiar lo que sientes.
No intento darte consuelo vacío.
No intento ofrecerte una salida que no existe.
Únicamente deseo dejarte estas palabras para que per-
manezcan contigo.
Como un espacio donde puedas, aunque sea por un
momento, sentirte reconocida, reconocido.
Sentirte mirada, mirado.
Sentirte acompañada, acompañado.
Y si en algún instante, así sea breve, estas palabras logran
suavizar un poco el peso, habrán cumplido su propósito.
Porque a veces acompañar no es resolver.
A veces acompañar es estar.
Y hoy, estoy.
Con respeto profundo, con presencia, con una escucha que
no invade, pero sostiene.
Camino contigo, desde la palabra.
Te abrazo en silencio.

Sissy Torres

A todas las personas buscadoras:

Les escribo desde el fondo de mi ser, desde el pensamiento más profundo y solidario, que se conecta con la tierra y el latido del gran corazón del universo, porque desde mi historia creo entenderlos al menos un poquito. Cuando mi hermano desapareció sentí como si mis huesos fueran de cristal, y al irme enterando de la noticia, poco a poco se iban rompiendo. Sentí como si tuviera astillas en los dedos, pedazos de vidrio enterrados en el cuerpo y la sangre rodando en la banqueta, mientras me aferraba a la cinta canela pegando el boletín de búsqueda por todas las calles, las tiendas, los postes de luz, la estética de mi vecina y junto a la virgen de Guadalupe que está afuera del mercado Nextlali, acá en Iztapalapa, a la cual decidí llevarle unas flores, mientras me concentraba en su piel morena y su manto de estrellas brillantes en un trozo de tela.

Sentir que todo se detiene adentro, como si viviéramos en cámara lenta mientras el mundo sigue girando y la luna aparece cada noche, mientras probablemente pensamos si nuestro familiar mira esa misma luz en el cielo, las flores continúan naciendo y los ojos del universo nos siguen cobijando. Confieso que no creo en un ser supremo, pero sólo pude refugiarme y poner toda mi fe en un par de velas, en la luz que no se extingue en el corazón de todas las personas que oran por nosotros, que buscan en los espacios, que recorren el mundo con su nombre en la memoria, su sentir solidario en el alma y en todas las palabras de aliento que cobijan en noches tristes, donde tomamos café o comemos caldo de pollo, refugiándonos en el calor que resbala por la garganta y acompaña desde

el interior para decir hay esperanza, aún es posible, aún, aún, aún hay fe.

Nadie nos prepara para la ausencia, para mirar los objetos que cuentan una historia y que probablemente quedan intactos ante la imagen de un museo de su presencia palpitando en cada playera con su olor. La despensa que se guarda en el cajón amarillo mientras la espera sucumbe ante la necesidad de combinar ingredientes que nos digan en dónde están. Quisiéramos ser maestras de la alquimia mezclando sustancias para encontrar su imagen en la televisión, en la calle mientras las infancias juegan fútbol y gritan, mientras el balcón se llena de plaga y la comida se echa a perder en el refrigerador, porque el hambre falta junto a las ganas de bañarse. Sin embargo, seguimos aquí, latiendo con el palpitar de las raíces de los árboles que nos conectan al aire que respiramos, porque seguimos vivas, buscando, resistiendo a un lugar hostil que no nos brinda respuestas.

Las preguntas se aglomeran en la cabeza y parece que el cielo deja de ser azul cuando decimos “¿por qué?”. Quisiera tener unos hilos para tejer un gran suéter que dé calor a las familias buscadoras, y que a la vez sea el eje de unión entre todas, para que sepan que no están solas, que tienen un apoyo en la otredad. Porque hay gente buena, llena de empatía y amor, que está dispuesta a ayudar, a poner el cuerpo para ir a buscar, poner toda su sensibilidad para construir redes que nos acompañen, nutran, sostengan y provean la fuerza para permanecer buscando. Porque suficiente tenemos con la indiferencia de algunas autoridades que nos ven como cifra, no como humanos, como sus iguales. Porque desafortunadamente pensamos que la situación nunca va a alcanzarnos, pero todos somos vul-

nerables y los territorios se llenan de ausencias, de madres y de padres buscando a sus hijos, de hermanos, de primos, de tíos, de abuelos, parejas sentimentales, amigas, amigos... que ahora no están de manera física, pero permanecen siempre en nuestra memoria, en el pulso constante que nos recuerda su nombre, su sonrisa y su forma de ver la vida.

Quisiera tener un poco de certezas para repartir entre todas y todos. Tan solo un puñado de esperanza, una dosis de respuestas, un granito de fe que se siembre y florezca en la aparición de nuestros familiares.

Por favor no decaigan, aunque la tristeza invada y no quede de donde anclarse a la vida, resistan.

Mi hermano apareció y volvió a mí toda la historia que me conecta con él: nuestros juegos de pelota en la azotea, el peluche de Bugs Bunny y las ilusiones de un abrazo fuerte que se llevara todas nuestras tristezas. El camino no es sencillo, pero siempre hay algo bueno que nos recuerda que nuestra búsqueda es importante, que nos interpela a todas y todos, y que si lo pensamos bien, no estamos tan solos en el proceso, siempre hay alguien amable que nos acompaña, desde un familiar hasta una amiga que espera mientras hacemos la declaración, la chica de las copias que nos sonríe, la gente que ayuda a repartir volantes, a difundir en redes, a buscar directamente en la calle, o quien nos invita un taco cuando perdemos la esperanza ante un refresco o una cerveza de lata.

Yo creí que no habría más posibilidades y, sin embargo, las hubo, porque todas las personas estamos en el mismo barco, unos naufragando contra las olas, otros jugando con el agua salada en salvavidas, otros mirando el amanecer o el atardecer, o la marea furiosa e intempestiva

que se entrega a la roca. El agua que nos arropa en un té, en una lluvia de lágrimas ante la espera, en una pecera con los peces que nos miran ante la incertidumbre y la ausencia. El mar es inmenso, aún nos esperan muchas olas con sol caliente y enormes sonrisas.

Ojalá pudiera hacer que mis palabras tomaran vida y se trasformaran en un “yo estoy contigo, me importa tu búsqueda, me importa tu rabia, tu necesidad continua de respuestas, me importas tú y su vida”. Porque ya seguimos todas las flechas, ya nos ahogamos al llorar, ya derramamos tristeza, ya expulsamos la sal, ahora queda seguir buscando y volver a buscar.

Les envió fortaleza y un hombro donde llorar. Les envió todo mi amor y mi solidaridad. Les envió un abrazo del tamaño del mar.

Siempre con ustedes, en el corazón y en el pensamiento. Con todo lo que soy y mi respeto.

Elena Arreola Vilchis
Ciudad de México

**“BUSCAR TAMBIÉN ES
UNA FORMA DE AMAR”**

IV

VOCES QUE ABRAZAN

EL DESIERTO



“SOLIDARIDAD, RECONOCIMIENTO Y COMUNIDAD”

Nuestra mirada las acompaña y reconoce su labor en todas partes y en todo momento. Les expresamos agradecimiento, porque en su búsqueda demuestran que la integridad prevalece...

Heroica Puebla de Zaragoza, 28 de marzo de 2026

A quien se necesite:

Para empezar, me dirijo a quien esté leyendo con el más sincero respeto y devoción. Expresarme no es una fortaleza que me caracterice, sin embargo, quisiera comunicar la visión y gratitud de alguien cuyos héroes son quienes realizan imposibles actos visibles a nuestra dimensión: las buscadoras y los buscadores de almas fragmentadas.

Ustedes han sido la guía que las almas encuentran para volver a ver el sol, madres, padres, hijas, hijos, esposas, esposos, amigas y amigos, que sin descanso buscan en la tierra lo que del cielo han derribado, todo por amor, porque amaron con tal locura a esas personas al punto de voltear al mundo para recoger sus corazones quebrantados y llevarlos a casa otra vez, para quererlos y volver a mirarse, a abrazarse, a tenerse; para poder llorar juntos esas lágrimas dulces del alivio y esperanza. No esperan milagros, pues ustedes se construyen a sí mismos lazos de anhelos tan fuertes que ni los del más alto mando lograrán cortar nunca.

Esta vida no es sencilla. Es fácil imaginar todo lo soportado, el cansancio y desesperación del abismal hueco que se queda en el alma de quienes esperan. Sólo ustedes conocen la dimensión de lo que han vivido, y aun así, tienen el coraje de salir y mostrar que hacen más que aquellos que se supone deberían protegernos. Su esfuerzo y dedicación han logrado sanar heridas que sangran sin cesar en nuestro país, y que son maquilladas ante el mundo. Esa indiferencia es una maleza que estanca la empatía,

puesto que quien no sabe lo vivido no sufre lo ajeno. Los que tienen la dicha de saber hacia dónde correr cuando precisan de los cálidos brazos amorosos de una madre o de las alegres risas de un infante, suelen creer que nada de ello es necesario, que nada está ocurriendo, pero no saben, no saben que todos somos propensos a caer en ese abismo, no podemos hacerlos entender, quizá tienen miedo, miedo de mirar ese pozo y que reluzca lo imperfecto de nuestro mundo. Si todos se atrevieran y miraran este temor se detendría, sí el sentimiento se uniera en un grito al unísono quebraríamos el hierro de las cadenas que estrangulan a nuestro territorio. Ustedes ya han atravesado insuperables barreras que nos van liberando poco a poco de este tortuoso encierro.

Agradezco profundamente tenerlos con nosotros, florecer incluso con la sequía que nos ha venido marchitando. Agradezco que hagan salir el sol en la oscura penumbra y desentrañar las raíces de los pies a los que se les arrebató el derecho de correr libremente con el viento. Agradezco también a las buscadoras y los buscadores que les apagaron sus corazones por el temor de su fortaleza. Deseo que todas aquellas almas sean encontradas, aún brillantes; que los abrazos y besos por dar no se demoren, para que la calma los envuelva, y su sacrificio se recompense con esa dicha, con ese amor que todos tenemos por dar y por recibir. Conservo la esperanza de que así será.

Me despido deseando prontamente serles útil para sus labores y acompañamiento.

Miroslava Venancio

GRACIAS POR TRANSMITIRNOS ESPERANZA

Torreón, Coahuila, abril de 2026

Admiradas personas buscadoras:

Escribo estas líneas para agradecer su enorme labor por nuestra sociedad. A lo largo de las dos últimas décadas, la ausencia ha tocado la puerta de miles de hogares en nuestro país y en Coahuila, pero ustedes no se rinden ante los embates de la indiferencia gubernamental, y la de quienes rechazan la verdad y la justicia.

Su organización ha llevado a implementar leyes, protocolos y estructuras con el objetivo de evitar que otras personas sufran desapariciones. Hoy puedo asegurar que son colectivos modelo. Y qué ninguna autoridad o gobierno les diga lo contrario.

No nada más buscan a sus familiares, sino que también luchan de manera diaria contra el olvido que se quiere imponer en la comunidad. Admiro profundamente el trabajo que realizan y que nos da esperanza al mostrarnos hasta dónde puede llegar el amor por un ser querido.

Deseo de todo corazón que puedan dar con los suyos, y quiero que sepan que gracias a ustedes otra realidad es posible. Les abrazo fuerte.

Luis Alberto López

Torreón, Coah. abril de 2026

Carta a las/os buscadoras/es de sus familiares que han desaparecido:

Sólo quien ha perdido a un hijo o hija conoce el inmenso dolor que esto representa. Ese lazo de energía que se produce entre la madre y el bebé siempre está presente, aun en la distancia y la separación. Por eso, la búsqueda es dolorosa para la madre; pero a este dolor se suman también la tristeza, el cansancio y la angustia de los padres, esposos, abuelitos, hermanos y demás familiares que se unen a la causa, compartiendo una misma sensación de impotencia frente a la falta de respuesta de algunas autoridades.

La sociedad actual nos ha hecho insensibles ante el dolor ajeno, pero creo firmemente que todos nos deberíamos unir a ustedes. Por mi parte, lo que puedo hacer es crear una cadena de oración entre mis familiares y conocidos para intentar que su dolor se mitigue un poco.

Me uno a su intenso sufrimiento con mis oraciones, esperando de todo corazón un pronto reencuentro. Dios las/los bendiga.

María Luisa Novella Arredondo

A quienes buscan:

Es difícil encontrar palabras que estén a la altura de lo que ustedes sostienen cada día. Aun así, esta carta nace desde la sencillez, pero también desde el firme deseo de acompañar, de reconocer y de no dejar en silencio lo que su búsqueda nombra con tanta claridad.

Su caminar es, ante todo, una afirmación profunda de dignidad. En cada paso, en cada jornada, en cada gesto de memoria, se expresa una fuerza que no se reduce al dolor, sino que lo trasciende. Ustedes mantienen la búsqueda no sólo como una necesidad personal, sino como un acto que impacta a toda la sociedad. Nos recuerdan que la ausencia no puede normalizarse, que la memoria no puede abandonarse y que la vida de quienes faltan sigue teniendo un lugar irrenunciable en el mundo.

Sabemos que el cansancio existe. Que hay días en los que el peso parece mayor, en los que la incertidumbre se vuelve más densa y el camino más largo. En esos momentos, ojalá estas palabras puedan servir como un pequeño recordatorio de que su lucha importa e importa profundamente. No es invisible, no es en vano, no es solitaria. Hay quienes, desde distintos lugares, reconocemos en su tenacidad una forma de resistencia que también nos compromete.

La memoria que ustedes preservan no es únicamente individual: es una tarea colectiva que nos involucra a todos. Cada nombre que se pronuncia, cada historia que se recuerda, cada espacio que se recorre en busca de verdad, abre una responsabilidad compartida. No podemos permanecer indiferentes, porque cuando la indiferencia

se instala deteriora el tejido que nos une como comunidad. Por eso, reconocer su búsqueda implica asumir que la sociedad tiene una deuda ética: acompañar, escuchar, nombrar y no olvidar.

En ese sentido, la solidaridad no es un gesto ocasional ni una palabra que se dice sin consecuencias: es un compromiso, es la decisión de no apartar la mirada, de no reducir su lucha a algo lejano, de sostener la memoria como un acto cotidiano.

Andrés Barraza González

Guadalajara, Jalisco, abril de 2026

Deseo comenzar expresando mi admiración a tu voluntad en la búsqueda de tu ser querido. Te deseo fortaleza para seguir adelante con tu misión. Creo firmemente que cada acción, por pequeña que sea, siembra una semilla. Cada vez que alguien comparte una fotografía de búsqueda, comparte también la esperanza de encontrar con bien a ese ser. Somos muchas las personas que apoyamos tu labor a la distancia, pero, sobre todo, que tenemos fe en que sus nombres llegarán lejos, hasta encontrarles.

Vivir siempre conlleva resistir, renacer, luchar por los sueños, creer que con dedicación y esfuerzo todo puede mejorar, pero también saber existir en contra de la marea. Ten la certeza de que los tiempos difíciles no serán para siempre, y que nos enseñan a reconstruirnos y a perfeccionarnos como seres humanos.

Quiero expresarte mi respeto, hacia aquellas dificultades que vives día con día en la búsqueda de tu ser querido, y hacerte saber que llevar su imagen a diferentes sitios requiere mucha fortaleza. Cada espacio en el que se presenta la iniciativa de devolver con bien a un ser querido, será una lucha continua, una memoria colectiva en la cual se unen diferentes voces, que harán un mayor eco de justicia y dignidad.

Cada momento que compartiste con tu ser querido, es la señal para seguir adelante, con la certeza de que muchas personas apoyan tu esfuerzo y trabajan para un bienestar y una justicia social, en los que la voz de cada uno se escuche y cuente.

Ten la seguridad de que en cada espacio en el que menciones el nombre de tu ser querido, siempre habrá alguien dispuesto a escucharte, a la distancia o a tu lado, estamos contigo. Tu resistencia es inspiración para mí y para muchos otros, sigue adelante siempre, con la convicción de que has hecho todo lo que puedes.

Que continuar sea una determinación cada día de tu vida, para que cuando llegue el tiempo de reencontrar a tu ser querido, y veas el camino recorrido, valores más cada obstáculo que cruzaste, y a quienes permanentemente acompañaron tu esperanza.

Vianey Mendoza Ruelas

Irapuato, Gto., marzo de 2026

A ti, que no te conozco, pero te siento cerca:

No sé tu nombre. No conozco el nombre de quien buscas. Pero sé que cada mañana te levantas pronunciando ese nombre, y que caminas con ese nombre en tu pecho a donde sea que vayas. Eso lo respeto profundamente.

Quiero ser honesto: no cargo lo que tú cargas. Sería falso pretenderlo. No sé si podría. Pero hay algo que sí puedo decirte sin mentir: estás en mis oraciones. No como un gesto vacío, sino como lo que es: una conversación con Dios donde tu nombre, aunque yo no lo sepa, está presente.

Te llevo a misa. Te llevo en mi corazón. Te llevo en mi mente. Te llevo cuando me quedo en silencio antes de dormir. Te llevo cuando pienso en lo que este país les debe a quienes, como tú, no se rinden.

He pensado mucho en la imagen del pastor que deja todo para ir a buscar a la oveja perdida. No manda a alguien. Va él. Y no regresa sin ella. Así me pareces tú: alguien que va, no por obligación, sino por amor.

Ese amor tiene un nombre, tiene una voz, tiene un rostro que tú conoces mejor que nadie. Y ese amor es el que te mantiene de pie cuando todo lo demás falta.

Hay días en que no sé qué decirle a Dios cuando pienso en lo que pasa en este país. Siento que te hemos fallado, les hemos fallado. Me quedo mudo. Pero entonces pienso en ti, en las madres y padres buscadores, y entiendo que Él también actúa a través de manos como las tuyas. Manos

que escarban. Manos que preguntan. Manos que no sueltan. Manos que no descansan.

Eso no es poca cosa. Es mucho. Más de lo que la mayoría somos capaces de hacer.

No vengo a darte falsas esperanzas. A veces duele, a veces se desgasta, a veces cuesta creer que algo va a cambiar. Lo entiendo. No te voy a decir que todo va a estar bien. No lo sé. Espero que así sea.

Lo que sí sé es que lo que haces tiene dignidad. Cada paso que das tiene dignidad. Y eso nadie te lo puede quitar.

Ojalá que pronto encuentres a quien buscas.

Ojalá que Dios te cuide en el camino, te dé fuerza cuando no la tienes, y te mande gente buena que camine contigo.

Con respeto, con oración y con fraternidad, un ciudadano que no mira para otro lado.

Jesús Alberto Sánchez Valtierra

Torreón, Coahuila, Semana Santa de 2026

Silvia, Lucy, Janeth, Luz, María Elena, Lupita... ya son tantas que no quedaría espacio para escribir nada más, sólo nombrarlas basta para hacer una carta completa:

A ustedes, que han hecho del dolor un camino de esperanza.

A ustedes, mujeres de sol, tierra y memoria.

A ustedes, que han abierto camino en medio del desierto, les escribo con cariño.

Gracias, por dejarme ser hermana entre ustedes, gracias por ser mi horizonte en medio de tanta noche, de tanta herida abierta en nuestra tierra. Sus pasos son para mí camino y evangelio vivo. Ustedes me devuelven la decencia y la cordura cuando la costumbre a la violencia y a la muerte amenaza con endurecer el corazón de nuestra sociedad. Sus manos removiendo la tierra me recuerdan que todavía somos humanas, que todavía es posible llorar, nombrar, amar y exigir justicia. Ustedes me enseñan que ninguna vida puede ser borrada, que ningún nombre debe ser olvidado en el silencio, que ningún fragmento de sus cuerpos debe quedar lejos de quienes les aman y esperan.

Gracias por dar sentido a mi vocación, porque son el rostro sufriente y glorioso de Jesús crucificado. En ustedes comprendo que la fe no puede permanecer en templos cerrados ni en palabras vacías. El evangelio en el que creo camina con ustedes; pueblo herido, acompaña a las víctimas, se deja abrazar por la tierra reseca del desierto, por-

que “una Iglesia que no escucha el clamor de las madres, no escucha el clamor de Dios”.

En ustedes contemplo el misterio de una fe que no se resigna, de una esperanza que abraza las espinas y el sol ardiente de la historia. Como en el pasado, al abrir el evangelio, ustedes son “la voz que clama en el desierto” de la impunidad y la indiferencia, son la palabra profética que denuncia y al mismo tiempo anuncia la urgencia de que otro mundo sea posible.

Dichosas ustedes, porque su sed de justicia es digna rabia.

Dichosas, porque no han permitido que el amor se convierta en resignación.

Dichosas, porque su dolor no se encerró en el silencio, sino que se volvió búsqueda, denuncia, memoria y lucha.

Dichosas, porque su reclamo de justicia se volvió solidaridad activa y organizada.

Benditas sean, porque su amor de madres no abandona, no olvida, no se calla, no teme frente al poder.

Su llanto es sagrado, porque nombra en oración a quienes el sistema quiere borrar.

Sus manos que se aferran en remover la tierra, en encontrar cada pequeña parte de los nuestros, son manos de resurrección.

Miro a Dios en sus rostros quemados por el sol, iluminados por la esperanza, en sus cuerpos que llevan las huellas de la búsqueda, en sus noches sin descanso, en el cansancio que se pega a la piel, en las lágrimas que han surcado sus mejillas como ríos de memoria. Cada herida y cada marca, habla de ese amor fiel, de la resistencia, de una ternura que se ha hecho fuerza colectiva.

Ustedes cargan en sus cuerpos la pasión de nuestros pueblos crucificados, pero también anuncian la resurrección de la memoria. Son las mujeres del alba que siguen caminando hacia el sepulcro vacío de esta historia herida, buscando no sólo a sus seres amados, sino la verdad, la justicia y la dignidad para todas y todos.

Porque ahí donde una mujer busca a su hija, a su hijo, a su esposo, a su madre o a su padre, ahí está Cristo.

Ahí donde una madre grita un nombre en medio del desierto, ahí está Dios.

Ahí donde una madre exige justicia, ahí habla el Espíritu.

Sigo sus pasos, porque en su búsqueda se escucha el clamor de las madres de todas las desaparecidas y los desaparecidos de la historia. Porque en su lucha late la esperanza de los pobres, de las víctimas, de quienes han sido descartados.

Gracias por enseñarnos que amar también es buscar, denunciar, llorar juntas, levantar la voz y no rendirse.

Que la tierra que hoy escarban con dolor un día se convierta en tierra de memoria, verdad y justicia.

Que sus pasos no caminen solos.

Que quienes nos decimos creyentes aprendamos de su estar de pie ante la cruz.

Que por fin la fe se haga historia junto a ustedes.

Con reverencia, ternura y compromiso, camino a su lado.

Hermana Mariana Olivo Espinoza

**“BUSCAR TAMBIÉN ES
UNA FORMA DE ESPE-
RANZA”**

EPÍLOGO

LAS QUE BUSCAN,
LAS QUE ENCUENTRAN



Villa del Faro

¡LAS QUE ENCONTRAMOS!

Para mis amigas, las madres buscadoras:

Les contaré brevemente como fue que entendí lo que era mi vida después de perder a mi niña. Lo hago a partir de la carta que le escribí a ella, una vez que ustedes me ayudaron a comprender lo que había pasado y que, gracias a eso, dejé de culparme y comencé a buscarla a ella y a todos nuestros hijos e hijas con amor y dignidad, y a la vez con fuerza y resistencia.

Para mi hija:

“¡Te perdí y no te encuentro!” fue la frase que me repetí día con día, desde aquella tarde que saliste a la escuela.

Todo iba normal hasta que llegó la hora de tu salida, me acerqué hasta la Facultad para esperarte y regresar juntas. Fui observando cómo el edificio se quedaba vacío, hasta que las luces se apagaron por completo. Comencé a llamarte una y otra vez, pero el buzón entraba directo. Fui a buscarte dentro de la Facultad, le pregunté al guardia y me dijo que no había nadie más. Me vio tan desesperada que me llevó a las oficinas de seguridad del campus y ahí me dijeron que comenzarían una búsqueda por cada rincón de la Universidad.

Pasé toda la noche con ellos. Al no saber nada, me dirigí a la Fiscalía y te reporté como desaparecida. Continuamente les decía “¡La perdí y no la encuentro!”.

Me dieron tu ficha de búsqueda y tapicé cada rincón del plantel, así como los transportes colectivos, y cada parada y estación cercana, también la coloqué en los negocios. A cada alum-

no y persona que pasaba por ahí les preguntaba por ti, diciéndoles “¡La he perdido y no la encuentro!”.

Así pasaron los días y mi único motivo para levantarme era encontrarte. No dormí ni comí, nada me importaba más que encontrarte. Perderte fue mi perdición. También sentí que era mi culpa, y ese sentimiento no me dejaba vivir. Veía tu foto, y te repetía una y otra vez: “¡Te perdí y no te encuentro!”. Te pedía perdón y te rogaba que me dejaras verte y volver abrazarte.

Después de tres meses, cuando la cordura me había abandonado casi por completo, y estaba nuevamente afuera de tu escuela preguntando por ti, conocí a una mujer. Ella se me acercó, le di tu ficha de búsqueda, y le dije que te había perdido y necesitaba encontrarte. Me tomó de la mano y me llevó por un café. Me invitó a su organización. No me contó mucho, sólo me dijo que me podrían ayudar.

Al día siguiente pasó por mí y me llevó a una casa en donde había muchas mujeres y fichas de búsqueda pegadas, allí colocaron la tuya. Al sentarme con ellas, me contaron sus historias. Cuando llegó mi turno comencé con la frase que me había acompañado cada día, desde que no saliste de la Facultad: “¡La perdí y no la encuentro!”. Las lágrimas rodaron sin freno por mi rostro. Ellas me dejaron llorar y desahogarme. Cuando por fin el llanto se detuvo, una comenzó a hablar. Lo primero que me dijo, fue que yo no te perdí, que no debía reprocharme, que dejara de culparme por algo que alguien más había hecho, que cada uno de los hijos e hijas que estaban en esa pared habían sido tomados a la fuerza, y que por eso estábamos reunidas, y que la segunda parte de mi frase era correcta, por lo que entre todas nos tocaba encontrar a nuestros seres queridos y no descansaríamos hasta lograrlo.

Me pidieron comprometerme contigo, algo que ya había hecho, pero ahora mi compromiso era distinto: debía cuidarme, alimentarme, dormir y descansar en los momentos posibles para

reponer mis fuerzas después de las búsquedas que estábamos por realizar.

Me sentí tan cobijada, porque por primera vez, alguien me ayudaría a encontrarte.

Llegué a casa y tomé tu foto, te abracé y viéndote a los ojos te dije: “Te llevaron de mi lado y te encontraré”.

Te amo.

Sigo buscándote y jamás me cansaré.

“¡Hasta encontrarte!”, como decimos las madres buscadoras.

Tu madre

Queridas amigas, madres buscadoras: les doy las gracias por su lucha, por mi lucha. Gracias por su fuerza que se convirtió en mi fuerza. Gracias por su búsqueda y resistencia. Ustedes, nosotras, las madres de los mal llamados desaparecidos, seguimos de pie y les encontraremos, porque son nuestros hijos y nuestras hijas, y una madre lucha hasta al final por sus hijos e hijas.

Claudia Velázquez
Una madre que encuentra

A MANERA DE CIERRE

Este libro reúne un cúmulo de palabras nacidas desde la empatía, la solidaridad y un deseo genuino de acompañar. Cada carta fue escrita por personas que, desde distintos lugares y experiencias, decidieron detenerse para pensar en ustedes, en sus historias y en la fuerza con la que sostienen la búsqueda de quienes aman.

Escribir una carta puede parecer un acto sencillo, pero en este contexto, representa un gesto profundamente ético. Significa reconocer que ninguna desaparición afecta únicamente a una familia y que cada ausencia es un agravio hacia toda la comunidad.

Cada palabra busca romper el silencio y la indiferencia que frecuentemente rodean a las personas buscadoras. Es una forma de decir que sus ausencias nos importan, que sus luchas nos interpelan y que sus voces han sido escuchadas.

Cada carta simboliza una presencia, una forma de mostrar respeto, de sumarse a la exigencia de verdad y de justicia, pero, sobre todo, de construir una red de soporte afectivo que a través de la escritura demuestre que existen personas dispuestas a caminar desde la palabra y la memoria, junto a quienes buscan.

Tengan la certeza de que somos muchos y muchas quienes creemos que su lucha es legítima, necesaria y urgente, y que acompañar es una responsabilidad compartida, que nadie debería enfrentar la búsqueda en soledad y que todos podemos unirnos a ustedes de distintas maneras.

Nos han enseñado que la esperanza no es un aguardar pasivo, sino una decisión cotidiana de seguir buscando, de seguir nombrando, de seguir creyendo que otro mundo es

posible y que se construye desde la solidaridad, la organización y el apoyo mutuo.

Este libro es nuestra manera de decirles: ¡No están solas!, ¡No están solos! Su ausencia nos duele y su búsqueda nos convoca.

Permaneceremos sosteniendo la memoria ¡hasta encontrarles!

*Palabras que caminan. Cartas que acompañan
la búsqueda* fue impreso en agosto de 2026.

La edición estuvo al cuidado del Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana
Torreón.

